

VOLATILIDAD Y COMPETITIVIDAD ELECTORAL EN AMÉRICA LATINA. UN ESTUDIO EXPLORATORIO DE SEIS SISTEMAS PARTIDARIOS

Facundo Cruz*

Universidad de Buenos Aires –

Universidad Nacional de San Martín – CONICET

✉ cruzfacu@gmail.com

Recibido: abril 2016

Aceptado: mayo 2016

Resumen: ¿En qué medida la volatilidad y la competitividad electoral de un sistema partidario pueden estar relacionadas? El presente trabajo busca responder ese interrogante estudiando seis sistemas partidarios latinoamericanos (Brasil, Chile, Ecuador, Perú, Uruguay y Venezuela). Tomando en cuenta las elecciones presidenciales y legislativas desde el retorno a la democracia en cada uno de esos países, elaboramos una tipología de los sistemas partidarios: volátiles competitivos, volátiles poco competitivos, estables competitivos y estables poco competitivos. De esta manera, detectamos patrones de cambio y continuidad en sus dinámicas competitivas.

Palabras clave: volatilidad electoral, competitividad electoral, sistemas de partidos, América Latina, institucionalización

* Licenciado en Gobierno y Relaciones Internacionales (UADE), Magíster en Análisis, Derecho y Gestión Electoral (UNSAM) y Doctorando en Ciencia Política (UNSAM). Becario Doctoral Tipo I (CONICET). Docente e investigador (UBA). Ha presentado diversos trabajos en congresos académicos nacionales e internacionales sobre las coaliciones de gobierno, los partidos políticos, las reglas electorales, las instituciones de gobierno y los mecanismos de financiamiento partidario. Edita regularmente el blog *El Leviatán a Sueldo*.

Una versión anterior de este trabajo fue presentado en el XI Congreso Nacional de Ciencia Política (Argentina), organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) y la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER). El autor agradece

Abstract: To what extent electoral volatility and party system competitiveness may be related? This paper seeks to answer this question by studying six Latin American party systems (Brazil, Chile, Ecuador, Peru, Uruguay and Venezuela). Considering Presidential and legislative elections since the return to democracy in each of these countries, we developed a typology of party systems: volatile competitive, volatile uncompetitive, stable competitive and stable uncompetitive. Therefore, we detect patterns of change and continuity in its competitive dynamics.

Keywords: Electoral volatility, Electoral competitiveness, Party systems, Latin America, Institutionalization

I. Introducción

El estudio de los sistemas partidarios en América Latina se ha centrado, mayormente, en estudiar los procesos, causas y consecuencias del surgimiento, mantenimiento y/o descomposición de sus partes componentes (Dietz y Myers, 2002; Carreras, 2012). Concretamente, los académicos se han preguntado en qué medida los sistemas partidarios de la región son estables o inestables y cómo esas alteraciones pueden afectar (o no) la gobernabilidad democrática. Entre mediados de los '90 y gran parte

las sugerencias y aportes de Margarita Batlle, María Paula Bertino, Ernesto Calvo, Andrés Malamud y Juan Pablo Luna a versiones previas. También agradece a Julieta Suarez Cao, Víctor Alarcón Olguín y Gastón Mutti, miembros del Jurado del “Premio SAAP-GIPSAL-Instituto de Iberoamérica a la Investigación sobre Partidos y Sistema de Partidos en América Latina”, quienes evaluaron este trabajo y los reconocieron merecedor de ese premio. Por último, también resultaron muy útiles los comentarios y recomendaciones de los dos evaluadores anónimos de esta publicación. Hechos los agradecimientos, el contenido, los argumentos, las observaciones y las conclusiones son entera responsabilidad del autor. Los anteriores mencionados no son culpables.

de la primera década del 2000, estas preocupaciones concentraron su atención en los grados variables de institucionalización en distintos países de la región, entendida como una medida de la (in)estabilidad de los sistemas partidarios.

El trabajo seminal de Mainwaring y Scully(1995) dio pie a una agenda de investigación que encontró eco e interés en numerosos estudios enfocados en América Latina (Roberts y Wibbels, 1999; Medina y Torcal, 2005; Mainwaring y Torcal 2004 y 2005; Payne 2006; Centellas, 2008; Roberts, 2013; Luna 2009, 2014a y 2014b; Luna y Altman, 2011). Estos trabajos se preguntaron en qué medida los sistemas partidarios latinoamericanos podían ser comparados y estudiados en profundidad, pero sin recurrir a las clasificaciones tradicionales de la bibliografía europea (La Palombara y Weiner, 1960; Duverger, 1961; Sartori, 1976). Los trabajos mencionados aportaron hallazgos empíricos interesantes, recurriendo generalmente a la volatilidad electoral como el principal indicador de (in)estabilidad de los sistemas partidarios (Mainwaring y Torcal 2005; Mainwaring y Zocco, 2007; Mainwaring, Gervasoni y España-Najera, 2016). Sin embargo, quedó pendiente indagar con mayor profundidad sobre las relaciones que pueden existir entre distintas medidas que permiten caracterizar los sistemas partidarios en América Latina. Por ejemplo, tomando en cuenta el nivel de competitividad: en qué medida las elecciones son “peleadas” o no entre los contendientes por votos y por los cargos públicos en juego. Esta laguna en la agenda de investigación nos abre la puerta para continuarla.

¿En qué medida la volatilidad y la competitividad electoral de un sistema partidario pueden estar relacionadas? Este interrogante no es menor, en tanto resulta relevante comprender no solo las alteraciones en la cantidad de votos obtenidos por los partidos en elecciones consecutivas (volatilidad electoral) sino también entender si son competitivas (poca distancia entre primero y segundo) o no (amplia distancia). Creemos que ambas variables guardan una relación entre sí: en algunos países la volatilidad electoral afecta la competitividad, mientras que en otros hay variación simultánea de ambas.

Partiendo de este último punto, el presente trabajo tendrá un doble objetivo. En primer lugar, estudiaremos las variaciones en la volatilidad de

los sistemas partidarios¹⁰¹ de Uruguay, Chile, Brasil, Venezuela, Perú y Ecuador desde el retorno a la democracia (mediados de los años '70) hasta las últimas elecciones celebradas (segunda década del 2000). En segundo lugar, analizaremos también la competitividad electoral en el mismo período temporal para detectar patrones, comportamientos y variaciones tanto al interior de los países mencionados como entre ellos. La combinación de volatilidad y competitividad electoral nos permitirá ordenar los sistemas partidarios en 4 tipos posibles: volátiles competitivos, volátiles poco competitivos, estables competitivos y estables poco competitivos.

El presente trabajo estará estructurado de la siguiente manera. Primero, repasaremos los principales aportes sobre cambio en los sistemas partidarios de América Latina, partiendo de la agenda de(des)institucionalización iniciada por Mainwaring y Scully (1995). Segundo, discutiremos algunas cuestiones teóricas vinculadas a la relación entre volatilidad y competitividad electoral. Tercero, realizaremos algunas precisiones metodológicas previas a la indagación empírica. Cuarto, procederemos a analizar ambas variables en Brasil, Chile, Ecuador, Perú, Uruguay y Venezuela desde la Tercera Ola de Democratización. Quinto, intentaremos concluir con los principales hallazgos del trabajo.

II. Retomando la discusión sobre institucionalización de sistemas de partidos

La mayoría de los trabajos sobre partidos y sistemas partidarios en América Latina se concentró en clasificarlos utilizando distintas categorías (se destacan Coppedge, 1997; Roberts, 2002; Alcántara Sáez y Freidenberg, 2001; Alcántara Sáez, 2003, 2004 y 2008; Kitschelt et. al. 2010). Una de las dimensiones de análisis utilizada comúnmente se concentra en su nivel institucionalización. El puntapié inicial lo dieron

¹⁰¹ Entendida como una de las dimensiones de la (des)institucionalización de los sistemas partidarios (Scully, y Mainwaring, 1995).

Mainwaring y Scully (1995)¹⁰², quienes establecieron una fuerte asociación entre el concepto de institucionalización y la noción de estabilidad tanto de los partidos políticos como de los sistemas partidarios¹⁰³. Si entendemos a las instituciones como reglas de juego que estructuran comportamientos (North, 1993), entonces la institucionalización es el proceso a través del cual esas reglas, los procesos y (sobre todo) las organizaciones adquieren un determinado valor y cierta estabilidad para los actores (Huntington, 1968). Esto “[...] significa que los actores políticos tienen expectativas claras y estables sobre el comportamiento de otros actores” (Mainwaring, 2015: 354). De esta forma, consideramos que un sistema de partidos institucionalizado es aquel en el cual los partidos políticos se mantienen con similares proporciones de votos durante un largo período temporal, dotando así de estabilidad al sistema partidario (Mainwaring y Scully, 1995)¹⁰⁴.

Esta línea de investigación se concentró, en gran parte, en analizar los grados variables de apoyo que reciben los partidos políticos en democracias poco desarrolladas (Mainwaring y Torcal, 2005). Es decir,

¹⁰² Los autores se centran exclusivamente en América Latina, tomando como casos de estudio 12 países de la región (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela). Para analizarlos, conceptualizan y miden la institucionalización en base a cuatro dimensiones distintas: 1) estabilidad de los actores partidarios, 2) raíces sólidas en la sociedad, 3) legitimidad de los partidos políticos y del proceso electoral, y 4) estructuras organizativas fuertes. Para ponderar cada una de las dimensiones, Mainwaring y Scully construyen un índice que otorga un valor entre 1 (baja institucionalización) y 3 (alta institucionalización) a cada una de ellas, lo que arroja un valor agregado que establece el nivel de institucionalización del sistema de partidos de cada uno de los países analizados.

¹⁰³ El trabajo de Mainwaring y Scully (1995) abrió el debate sobre la relación directa entre estabilidad e institucionalización de los sistemas partidarios y en cómo clasificarlos. La falta de acuerdo gira (hoy en día) en torno a si el continuo para clasificar los sistemas de partidos es institucionalizado-desinstitucionalizado o institucionalizado-*inchoate*. Sin embargo, no es objetivo de esta investigación pararse en alguno de los dos márgenes del río.

¹⁰⁴ Randall y Svåsand (2002) establecen una interesante distinción al separar la institucionalización de los partidos políticos de la de los sistemas de partidos. A los fines del presente trabajo, entendemos que la estabilidad de los actores contribuye a institucionalizar el sistema.

que tan estables (o no) son los partidos políticos que compiten por los cargos públicos en juego y, consecuentemente, que tan (in)estables son los sistemas partidarios. La principal preocupación de estas investigaciones consistió en poder indagar en profundidad las dinámicas competitivas de sistemas partidarios en democracias poco desarrolladas. Tal como indica Mainwaring (2015), existen diferencias significativas entre las democracias con sistemas partidarios institucionalizados y aquellas con débil o baja institucionalización sistémica. “En regiones donde la democracia no se ha consolidado, el problema con clasificar a los sistemas de partidos [...] de acuerdos con el número de partidos es que pasa por alto las diferencias sustanciales en el grado de institucionalización de los sistemas de partidos y [...] en el funcionamiento de la política democrática” (2015: 352). Independientemente de la información que nos brinde saber el grado de fragmentación partidaria o la distancia ideológica entre los competidores, en los estudios sobre dinámicas competitivas en América Latina la clave pasa por la estabilidad de los actores partidarios, de las reglas de juego y de los patrones de comportamiento adquiridos.

La agenda propuesta fue continuada en esta dirección. Roberts y Wibbels (1999) y Payne (2006) tomaron en cuenta nuevas variables explicativas para medir de manera más acertada la institucionalización de los sistemas partidarios latinoamericanos. Maiwaring y Torcal (2004, 2005) y Mainwaring y Zocco (2007) ampliaron el campo de estudio con análisis *cross-national* entre países europeos y latinoamericanos. Un destacado número de trabajos se concentró en estudios de casos (Golosov, 2003; Medina y Torcal, 2005; Luna, 2009; Centellas, 2008; Koo, 2010; Luna y Altman, 2011) y estudios comparados, ampliando hacia otros continentes (Mozaffarn, Scarritt y Galaich, 2003; Basedau y Stroh, 2008; Bielasiak, 2008; Roberts, 2013; Powell y Tucker, 2014; Mainwaring, Gervasoni y España-Najera, 2016; Campello, en prensa).

El consenso académico alcanzado por esta fructífera agenda de trabajo encontró, sin embargo, ciertos repartos teóricos, metodológicos y empíricos de estudios posteriores. Randall y Svåsand, (2002) por ejemplo, se concentraron en desarrollar un marco teórico-conceptual que distinguiera entre institucionalización de los partidos políticos e institucionalización de los sistemas partidarios. Si bien la estabilidad de

los primeros puede contribuir a estabilizar los segundos, las implicancias teóricas son distintas.

En una línea similar, Luna y Altman (2011) y Luna (2014a) discutieron la forma en que la literatura especializada operacionalizó las dimensiones originales de Mainwaring y Scully. Estos autores encuentran que la estabilidad de un sistema partidario (baja volatilidad) no implica necesariamente que los partidos pueden tener raíces sólidas en la sociedad. En este sentido, puede darse la situación de un sistema partidario que se caracterice por una baja volatilidad luego de sucesivas elecciones, pero cuyos partidos no logran establecer vínculos fuertes y sólidos con la sociedad: sus raíces se mantienen débiles. Este punto no es menor en virtud de cambios bruscos que puedan impactar en la dinámica competitiva y, consecuentemente, disparar la volatilidad electoral.

Tal como plantea Luna (2014a), la gran mayoría de los trabajos sobre institucionalización de sistemas partidarios toman la volatilidad como principal indicador de estabilidad¹⁰⁵, y en el Índice de Pedersen (1983) como su principal medida. El mismo calcula el cambio neto en bancas (o votos) que tiene un partido político de una elección a otra y permite analizar qué tan volátil o estable es un sistema partidario¹⁰⁶. Un índice alto implica una alta volatilidad (inestabilidad del sistema), mientras que uno bajo supone lo contrario. Así se puede ver en qué medida los partidos políticos se mantienen atractivos para el electorado o pierden apoyo popular de una elección a otra¹⁰⁷. Roberts y Wiebels (1999), Mainwaring

¹⁰⁵ Coincidimos con Luna y Altman (2011) y Luna (2014a) en que esta centralidad de la volatilidad electoral como único indicador de la institucionalización de los sistemas partidarios puede derivar en conclusiones erróneas sobre sus dinámicas competitivas. Independientemente de ello, consideramos que este indicador es uno de muchas mediciones que pueden hacerse sobre un sistema partidario, especialmente los latinoamericanos. Por esa razón planteamos que si bien no es el único, es uno muy relevante y, de acuerdo con Kwak y Janda (2010), puede ser combinado con otros indicadores.

¹⁰⁶ El cálculo se realiza sumando el cambio de los votos ganados o perdidos por cada partido entre dos elecciones consecutivas y dividiéndolo por dos. Volatilidad electoral = $\sum (Vt2 - Vt1) / 2$, donde $Vt1$ es el porcentaje de votos/bancas de un partido político en la elección 1 y $Vt2$ el porcentaje de votos/bancas en la elección siguiente.

¹⁰⁷ Una segunda medida a la que recurren Mainwaring y Scully y que vale la pena destacar es que tan fuertes son las raíces que construyen los partidos en la sociedad

y Torcal (2005) y Payne (2006)¹⁰⁸ siguen esta línea y recurren al mismo índice para medir la estabilidad o inestabilidad de los sistemas partidarios latinoamericanos¹⁰⁹.

Trabajos recientes han profundizado sobre este punto. Powell y Tucker (2014) distinguen entre la variación de la volatilidad electoral generada por el ingreso de nuevos partidos políticos y la salida de viejos (denominad Volatilidad de Tipo A), de la variación causada por la transferencia de votos entre partidos establecidos en un determinado sistema (Volatilidad de Tipo B). Encuentran que en democracias poco desarrolladas la Volatilidad de Tipo A es mayor que la Volatilidad de Tipo B, especialmente en países post comunistas. Mainwaring, Gervasoni y España (2016) toman en cuenta la misma distinción (a la primera la denomina “*within-system volatility*” y a la segunda “*extra-party system*”), llegando a conclusiones similares en lo que respecta al efecto de ambos tipos de volatilidad en democracias poco desarrolladas¹¹⁰.

(segunda dimensión de análisis). La misma es construida a partir de dos índices. En primer lugar, analizan qué proporción de votos obtienen los partidos políticos tanto para las elecciones legislativas como para las presidenciales. El supuesto básico es que si un partido político tiene un fuerte arraigo social, entonces los electores le darán su apoyo para las elecciones de ambos cargos. Si el arraigo es débil, entonces puede darse la situación de que los apoyos electorales difieran según el cargo público que se ponga en juego. En segundo lugar, toman en cuenta la cantidad de años que los partidos políticos se han mantenido competitivos: para ello contabilizan la cantidad de bancas que obtuvieron en la última elección¹⁰⁷ los partidos políticos que ya existían en 1950. Más del 50% de las bancas para los “partidos viejos” implica un mayor grado de institucionalización, mientras que menos del 30% representa lo contrario.

¹⁰⁸ Payne (2006), sin embargo, mantiene algunas diferencias con Mainwaring y Scully en las dimensiones de análisis y en torno a la necesidad de desarrollar índices que permitan estudiar con mayor profundidad el fenómeno de la (des)institucionalización partidaria.

¹⁰⁹ Por su parte, Golosov (2004) y Mainwaring, Gervasoni y España-Najera (2016) recurren a la volatilidad como un indicador de estabilidad sistémica, pero desagregando la medida en dos: volatilidad entre partidos establecidos (*within-system volatility*) y volatilidad entre nuevos partidos políticos (*extra-system volatility*).

¹¹⁰ Donde sí se distinguen estos trabajos es en la causalidad de las variables: mientras que Powell y Tucker (2014) no encuentran causas concretas que producen la volatilidad, Mainwaring, Gervasoni y España-Najera (2016) sí lo logran.

De esta manera, y tal como indica Luna (2014a), la agenda de investigación en torno a la (in)estabilidad de los sistemas partidarios en democracias en desarrollo no está agotada. Consideramos que solamente midiendo los cambios en las proporciones de votos entre partidos en elecciones consecutivas no resulta suficiente para entender la dinámica de la competencia partidaria en América Latina. Creemos que aún quedan interrogantes que responder en torno a cómo se comportan los partidos políticos y cómo reaccionan ante posibles cambios en la coyuntura política y la competencia por los cargos públicos. En otras palabras: tomando en cuenta la volatilidad electoral estaríamos viendo solamente una de las caras del dado.

III. Volatilidad y competitividad electoral: nociones teóricas

La analogía anterior no es menor. De la misma forma que un dado tiene múltiples caras, un sistema de partidos tiene múltiples medidas para ser estudiado. Coincidiendo con Kwak y Janda (2010), la volatilidad y la competitividad electoral son dos indicadores que nos brindan una imagen (aunque sea parcial) de la competencia por cargos públicos en un sistema partidario. Es por ello que creemos que la interacción y las relaciones entre competitividad y volatilidad electoral resultan centrales para comprender la dinámica de la interacción partidaria en América Latina, ya que los cambios en alguna de las dos medidas puede alterar, a largo plazo, la dinámica y el formato de la competencia partidaria, afectando también el grado de estabilidad del sistema partidario.

Ahora bien, según estableció Pedersen (1983), la volatilidad electoral es una buena medida de qué tan alto o bajo es el grado de apoyo que recibe un partido político determinado en elecciones consecutivas. En este trabajo consideramos que valores de volatilidad electoral superiores al 20% son altos, mientras que valores menores indican baja volatilidad electoral. Las grandes diferencias en las proporciones de votos recibidos por un partido político pueden dar una idea bastante acertada en torno a 1) que tan confiable resulta para la ciudadanía a la hora de gobernar, 2) la imagen pública que construye, 3) la solidez de sus propuestas de políticas públicas (plataforma partidaria) y 4) la percepción que tiene el electorado de sus

dirigentes y candidatos a cargos públicos. Es decir, la volatilidad electoral contribuye a analizar a los partidos políticos en su vínculo con la sociedad, ya sea éste fuerte o débil. Por ejemplo, si el electorado no valora positivamente la acción de gobierno de un partido que compite por la reelección o no considera que los candidatos propuestos para una elección son los más aceptables, entonces el partido político no recibirá suficiente cantidad de votos y puede perderlos a mano de otros competidores.

La volatilidad electoral incluye, de esta forma, un doble componente. Por un lado, es una medida que contribuye a caracterizar la fortaleza/debilidad del vínculo que tiene un partido político con sus electores (Kitschelt, 2000; Mainwaring y Torcal, 2005; Luna, 2009 y 2014b). Por otro lado, existe también un fuerte elemento de temporalidad en la volatilidad electoral: se mide a lo largo del tiempo. Es por ello que no se puede analizar qué tan fuerte o débiles el vínculo partido-electorado tomando en cuenta tan sólo dos elecciones consecutivas: mientras mayor cantidad de años y de elecciones contemplemos, dispondremos de mayor información para evaluarlo¹¹¹.

En otra de las caras del dado, la competitividad electoral es una medida que permite analizar el nivel de competencia política que tiene un determinado sistema de partidos. Se calcula mediante la diferencia de votos (o bancas) entre el partido político que salió primero y el que salió segundo (margen de victoria)¹¹². Un sistema de partidos será más

¹¹¹ A su vez, también tenemos que tener en cuenta el tipo de elección que se celebra: no es lo mismo analizar elecciones presidenciales o legislativas dado que el electorado puede cambiar su valoración sobre un partido dependiendo del cargo público que se ponga en juego.

¹¹² En diversos estudios se lo denomina Margen de Victoria (MV) o, como bien indica Reynoso (2011b: 16), también llamado “cercanía” (*closeness*) (Gray, 1976). Es uno de los indicadores más utilizados para medir la competitividad de un sistema partidario (Janda, Kwak y Suárez Cao, 2010). Estudios recientes sobre la evolución de los sistemas partidarios nacionales (Alcántara Sáez y Tagina, 2013a y 2013b) y subnacionales (Reynoso, 2011a y 2011b; Freidenberg y Suárez Cao, 2014) lo toman como una medida relevante. Puede calcularse tomando en cuenta tanto los votos obtenidos por los partidos en la elección presidencial como la cantidad de bancas en la legislatura. En el presente trabajo se tomarán en cuenta ambos datos. Competitividad electoral/Margen de victoria = $V1 - V2$, donde V1 es el porcentaje de

competitivo mientras dos o más partidos obtengan proporciones de votos “cercanas” y quien gane lo haga con poca ventaja sobre los demás competidores (Sartori, 1976). Si en sucesivas elecciones el margen de victoria de victoria es reducido, entonces aumentan la posibilidad de alternancia en el gobierno (Janda, Kwak y Suárez Cao, 2010)¹¹³. De modo que mientras mayor sea la diferencia de votos o bancas, menor será la competitividad y menos peleada la elección; mientras menor distancia haya entre primero y segundo, mayor competitividad y más peleada la elección. A los fines de este trabajo, se tomará en cuenta una diferencia de 15% en votos o bancas como límite: por encima de ese valor la competitividad será baja, mientras que por debajo la competitividad será considerada alta.

¿Por qué es importante estudiar el nivel de competitividad en un sistema de partidos? Por dos razones. En primer lugar, porque el nivel de competitividad sistémica afecta el cálculo estratégico de los actores partidarios. Supongamos, por ejemplo, que en dos o más elecciones consecutivas el partido político gobernante (oficialismo) gana por 30 puntos o más de ventaja respecto del segundo. Una estrategia posible para los perdedores (opositores) sería que o bien tengan menos incentivos para mantener la misma etiqueta partidaria en la siguiente elección, o bien que esos mismos dirigentes decidan conformar alianzas electorales amplias con otros perdedores para así poder reducir la brecha de votos respecto del oficialismo. Ambas acciones pueden alterar la identificación que tiene el electorado respecto de los partidos competidores, impactando directamente en la volatilidad electoral.

votos/bancas del partido político que salió primero y V2 el porcentaje de votos/bancas del que salió segundo.

¹¹³Janda, Kwak y Suárez Cao (2010) agregan, por otro lado, que no todos los partidos políticos opositores son una “amenaza” para los oficialismos. Sólo tendrán posibilidad real futura de acceder al gobierno los partidos que salgan segundos, pero que obtengan proporciones altas de votos o bancas, no así los terceros partidos “débiles”. De modo que para estos autores otro fiel indicador de competitividad del sistema partidario es el % de votos o bancas que obtienen los partidos que salen segundos en una elección. Queda pendiente encontrar alguna medida acertada que pondere Margen de Victoria y % de votos o bancas del segundo partido. Sobre este interesante punto se profundizará en investigaciones futuras.

En segundo lugar, porque si realizamos un análisis temporal podemos tener una idea medianamente acertada de las posibilidades de alternancia en el poder y de la renovación de “oficialismos”. Si el mismo partido político gana 2 o más elecciones presidenciales consecutivas con un amplio margen de victoria respecto del segundo (baja competitividad), entonces no sólo el sistema de partidos tendrá un bajo nivel de competencia política sino que también estará virando hacia un modelo predominante, produciendo ciertos efectos negativos sobre el desarrollo democrático, la calidad institucional y el potencial efecto polarizador en el sistema político. De esta forma, destacamos la importancia que tiene la dimensión de la competencia en una democracia (Diamong, Linz y Lipset, 1995; Gervasoni, 2005).

Entendemos así que incluir la competitividad electoral en conjunto con otras medidas nos permite indagar con mayor profundidad en el estudio de los sistemas partidarios en América Latina. Si consideramos que la volatilidad electoral es una medida de la valoración que tiene el electorado sobre los partidos políticos, entonces la competitividad se centra en la cara del dado: nos muestra que tan competitivo es el sistema partidario y qué tan fuertes (o no) son los oficialismos y los partidos desafiantes (opositores). Este razonamiento coincide con Reynoso (2011b) quien toma en cuenta el cálculo estratégico que realizan los actores políticos a la hora de competir y las posibles consecuencias de esas decisiones sobre el sistema partidario, su estabilidad y su cantidad de competidores¹¹⁴.

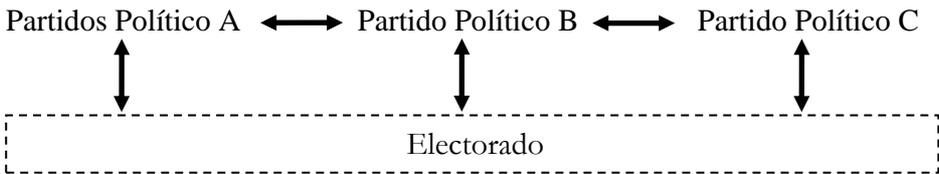
De esta forma, podemos pensar que dentro de un sistema partidario hay dos tipos de interacciones. Primero, una relación *vertical* entre partidos políticos y el electorado: los primeros quienes tienen que atraer el voto de los segundos y conservarlo en el tiempo. Segundo, una relación *horizontal* entre los partidos políticos. Son los actores políticos los que deciden mantener las mismas etiquetas partidarias o deciden cambiarlas; los que privilegian construir coaliciones electorales o prefieren competir en

¹¹⁴ El Número Efectivo de Partidos (NEP) (Laakso y Taagapera, 1979) no es una medida de análisis tomada en cuenta en el presente trabajo. Sin embargo, creemos que a futuro podría resultar interesante tomarla en cuenta para sumar una cara más al dado.

solitario. Ese cálculo estratégico lo realizan en base al nivel de competitividad que caracterice al sistema en las últimas elecciones.

Ambas interacciones pueden ser evaluadas en base a las dos variables que venimos tratando. Por un lado, en el *eje vertical* la volatilidad nos ayuda a medir el grado de confianza que tiene el electorado en los partidos políticos. Por otro lado, en el *eje horizontal* la competitividad contribuye a que entendamos qué tan peleadas o no son las elecciones. A continuación presentamos un esquema visual de lo expuesto:

Figura 1. Esquema bidimensional para analizar la volatilidad y la competitividad electoral.



Fuente: elaboración propia.

Dicho esto, consideramos que analizar la competitividad junto con la volatilidad electoral puede contribuir a que comprendamos con mayor profundidad las dinámicas de competencia partidaria en América Latina. Tomando los casos de Brasil, Chile, Ecuador, Perú, Venezuela y Uruguay y a partir de las dos variables indicadas, podremos construir la siguiente tipología de sistemas de partidos: volátiles competitivos, volátiles poco competitivos, estables competitivos y estables poco competitivos.

IV. Breves aclaraciones metodológicas

El presente trabajo es un estudio exploratorio de pocos casos que busca indagar sobre las relaciones entre volatilidad y competitividad electoral. Nos concentramos en los sistemas partidarios de Brasil, Chile, Ecuador, Perú, Venezuela y Uruguay desde el retorno a la democracia hasta las

últimas elecciones presidenciales y legislativas celebradas en cada país¹¹⁵. En el Cuadro N° 1 se puede ver el período de estudio comprendido para cada país y el año en que se celebró cada una de las elecciones. Como puede apreciarse, la importante cantidad de comicios celebrados brindan suficiente información para analizar tanto la volatilidad como la competitividad electoral.

Cuadro N° 1. Países, período comprendido y cantidad de elecciones seleccionadas.

	Período comprendido	Presidenciales	Total	Diputados	Total
Brasil	1989-2014	1989, 1994, 1998, 2002, 2006, 2010, 2014	7	1986, 1990, 1994, 1998, 2002, 2006, 2010, 2014	8
Chile	1989-2009	1989, 1993, 1999, 2005, 2009, 2013	6	1989, 1993, 1997, 2001, 2005, 2009, 2013	7
Ecuador	1979-2013	1979, 1984, 1988, 1992, 1996, 1998, 2002, 2006, 2009, 2013	10	1979, 1984, 1986, 1988, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2002, 2006, 2009, 2013	13
Perú	1980-2011	1980, 1985, 1990, 1995, 2000, 2001, 2006, 2011	8	1980, 1985, 1990, 1995, 2000, 2001, 2006, 2011	8

¹¹⁵ Se recurrió a analizar tanto elecciones presidenciales como legislativas debido a que, como bien se planteó anteriormente, las valoraciones que realiza el electorado sobre los cargos que se ponen en juego, los candidatos que se postulan y las estrategias electorales que definen los partidos políticos obligan a tener en cuenta ambas elecciones. Caso contrario, solo se tendría una imagen parcial de lo que se pretende estudiar. Por ejemplo, en algunos casos varios partidos políticos pueden establecer acuerdos electorales para presentar un candidato presidencial único pero competir con sus propias listas para la arena legislativa. Si tomáramos en cuenta solamente la elección presidencial no estaríamos prestando atención a posibles cambios en la volatilidad o la competitividad electoral legislativa.

Uruguay	1984-2014	1984, 1989, 1994, 1999, 2004, 2009, 2014	7	1984, 1989, 1994, 1999, 2004, 2009, 2014	7
Venezuela	1973-2015	1973, 1978, 1983, 1988, 1993, 1998, 2000, 2006, 2012, 2013	10	1973, 1978, 1983, 1988, 1993, 1998, 2000, 2005, 2010, 2015	10

Fuente: elaboración propia

La selección de los casos no es un tema menor. Coincidimos con la literatura especializada en que la mejor forma de indagar sobre el cómo y el porqué del fenómeno producido es concentrarnos en un estudio de pocos casos en profundidad (George y Bennett, 2005; Falleti, 2006; Ragin, 2010). De allí que la selección de los casos se centre en tres motivos principales. Primero, Mainwaring y Scully (1995) situaron en su clasificación original a Uruguay, Chile y Venezuela como tres casos de alta institucionalización partidaria, mientras que Brasil, Ecuador y Perú eran los más desinstitucionalizados. En la última década y media, los niveles de volatilidad electoral han variado en algunos de los países indicados (Brasil y Venezuela), mientras que en otros se ha mantenido en sus valores usuales (Ecuador, Perú y Uruguay) o con leves alteraciones (Chile)¹¹⁶. Segundo, seleccionamos los casos polares o extremos (Coller, 2000; Gerring, 2010) del continuo de alta/baja estabilidad sistémica desarrollado originalmente por Mainwaring y Scully. Tomando solamente estos seis países pretendemos estudiar en profundidad la relación entre volatilidad y competitividad electoral, al igual que la continuidad o el cambio de los patrones de competencia en sus sistemas partidarios. Tercero, el estudio de pocos casos en profundidad nos permite generar

¹¹⁶ Adicionalmente, mientras que dos de los países son federales (Brasil y Venezuela), los cuatro restantes son unitarios (Chile, Ecuador, Perú y Uruguay). Por otro lado, tres de ellos se encuentran en el Cono Sur (Brasil, Chile y Uruguay), dos en la región andina (Ecuador y Perú) y uno a mitad de camino entre ambos grupos de países (Venezuela). Las diferencias y similitudes entre estos países nos permiten ampliar el potencial de la estrategia de comparación.

hipótesis susceptibles de ser testeadas en investigaciones futuras (Gerring, 2007), al igual que establecer similitudes y diferencias entre ellos¹¹⁷.

Resulta conveniente hacer otras dos aclaraciones metodológicas previas. Primero, para el análisis de la volatilidad y la competitividad electoral tomaremos en cuenta los porcentajes de votos obtenidos para las elecciones presidenciales y la cantidad de bancas logradas para las elecciones legislativas¹¹⁸ (Cámara de Diputados¹¹⁹). La unidad de análisis

¹¹⁷ La estrategia de investigación planteada no está, sin embargo, exenta de dificultades. Una de las principales dificultades para trabajar con estudios de N pequeño radica en que la selección de casos suele realizarse en paralelo al diseño de los conceptos y del marco teórico. El objetivo de la presente investigación consiste en estudiar la relación entre volatilidad y competitividad electoral. De allí se desprende que lo más importante para este estudio consiste en definir el fenómeno que se quiere estudiar, los objetivos que planteamos y delinear (generalmente) el marco del universo en el cual nos interesa aplicar el marco conceptual desarrollado. Hay un proceso recíproco entre la selección de los casos y el refinamiento de los conceptos. La construcción conceptual se hace en paralelo con el análisis de los casos (Ragin 2010).

¹¹⁸ La volatilidad electoral se calculó en base a la fórmula elaborada por Pedersen (1983). Para Presidente se tomaron en cuenta los votos, mientras que para la Cámara de Diputados se utilizó la cantidad de bancas obtenidas en la elección. Esto se debe a tres razones. Primero, no se encontraron datos de votos en todas las elecciones elegidas para todos los países para el período de estudio delimitado. Segundo, aquellos datos que se encontraron en distintas fuentes no eran similares entre sí: algunas bases de datos contabilizaban porcentajes y totales de votos distintos de otros. Tercero, teniendo en cuenta que en cada país median distintos sistemas electorales, tomar en cuenta bancas en lugar de votos nos permite analizar con mayor exactitud las diferencias entre partidos políticos en términos de poder real en los respectivos cuerpos legislativos.

La competitividad electoral se midió, para el cargo presidencial, restando la cantidad de votos que obtuvo el partido ganador menos la cantidad de votos del que salió segundo. Para la Cámara de Diputados se realizó la misma cuenta, pero tomando en cuenta la cantidad de bancas obtenidas por el partido que salió primero y el que salió segundo. Para poder hacer “comparables” los datos, se dividió la cantidad de bancas obtenidas por los partidos políticos por la cantidad total de bancas de la legislatura, de modo que se pudiera obtener el porcentaje de bancas de cada uno

¹¹⁹ La elección de la Cámara de Diputados se debe a que no todos poseen un Senado. Perú tiene un congreso unicameral desde el año 1995, Venezuela desde 1999 y lo

serán los partidos políticos y no las alianzas electorales formadas entre ellos. Independientemente de que las estratégicas electorales predominantes en la región sea la conformación de coaliciones entre varios partidos (Chasquetti, 2008), creemos que tomar en cuenta las etiquetas partidarias nos brinda una imagen más acertada sobre las variaciones en la volatilidad electoral. Por ejemplo, si en Chile se toman en cuenta las coaliciones, la volatilidad es muchísimo menor que si se analizan las proporciones de votos y/o bancas obtenidos por los partidos políticos (Luna y Altman, 2011). En el caso del análisis de las elecciones presidenciales, se tomará en cuenta el partido político al que representa quien compite por la Presidencia¹²⁰.

Segundo, no pretendemos establecer una relación causal entre volatilidad y competitividad electoral, pero sí explorar cómo han evolucionado algunos sistemas partidarios latinoamericanos en los últimos 30 años a partir de estas dos variables. Entendemos que puede existir cierta relación entre ambas variables, tal cual demuestra el esquema bidimensional expuesto (Gráfico N° 1), pero aún desconocemos la dirección y la intensidad de la misma. La respuesta a este interrogante quedará pendiente para futuras investigaciones.

V. Volatilidad electoral en América Latina: cambios y continuidades en los últimos 30 años

Las últimas tres décadas de elecciones desde el retorno a la democracia nos pueden dar una suficiente cantidad de datos para estudiar las dinámicas de competencia partidaria en los seis casos seleccionados, para

mismo ocurre con Ecuador desde el retorno a la democracia. En cambio, Chile, Uruguay y Brasil sí se caracterizan por un poder legislativo bicameral.

¹²⁰ Un comentario metodológico adicional. Algunos partidos políticos han cambiado su denominación en elecciones consecutivas. Por ejemplo, en Perú el *fujirismo* estuvo representado por distintas etiquetas partidarias: Cambio 90, Perú 2000, Fuerza 2001 y Alianza por el Futuro. Otro caso se dio en Brasil, donde el Partido Progresista Brasileño (PPB) cambió su nombre a Partido Progresista (PP), su actual denominación. En esos casos, concretos e identificados en la base de datos, se consideró como si fuera el mismo partido político y no como uno nuevo.

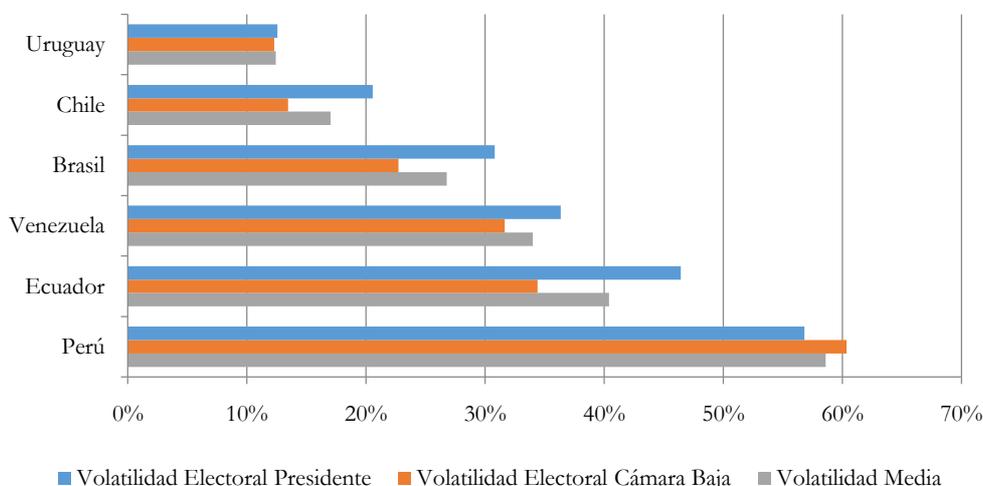
así detectar cambios y continuidades respecto de los primeros estudios que se realizaron sobre el tema. Para ello, tomamos en cuenta las elecciones presidenciales y de diputados celebradas en Brasil, Chile, Ecuador, Perú, Uruguay y Venezuela.

En lo que respecta al análisis de la volatilidad electoral, el Cuadro N° 2 y el Gráfico N° 1 nos muestran los cálculos elaborados para las elecciones presidenciales y legislativas en los seis casos de manera agregada para todo el período de estudio.

Cuadro 2. Volatilidad electoral para Presidente y Cámara de Diputados en Uruguay, Chile, Brasil, Venezuela, Ecuador y Perú (1973-2015)

Países	Volatilidad Electoral Presidente	Volatilidad Electoral Diputados (Bancas)	Volatilidad Media
Uruguay	12,59%	12,29%	12,43%
Chile	20,57%	13,47%	17,02%
Brasil	30,82%	22,74%	26,87%
Venezuela	36,36%	31,65%	34,01%
Ecuador	46,44%	34,40%	40,42%
Perú	56,82%	60,36%	58,59%

Gráfico 1. Volatilidad electoral para Presidente y Cámara de Diputados en Uruguay, Chile, Brasil, Venezuela, Ecuador y Perú (1973-2015)

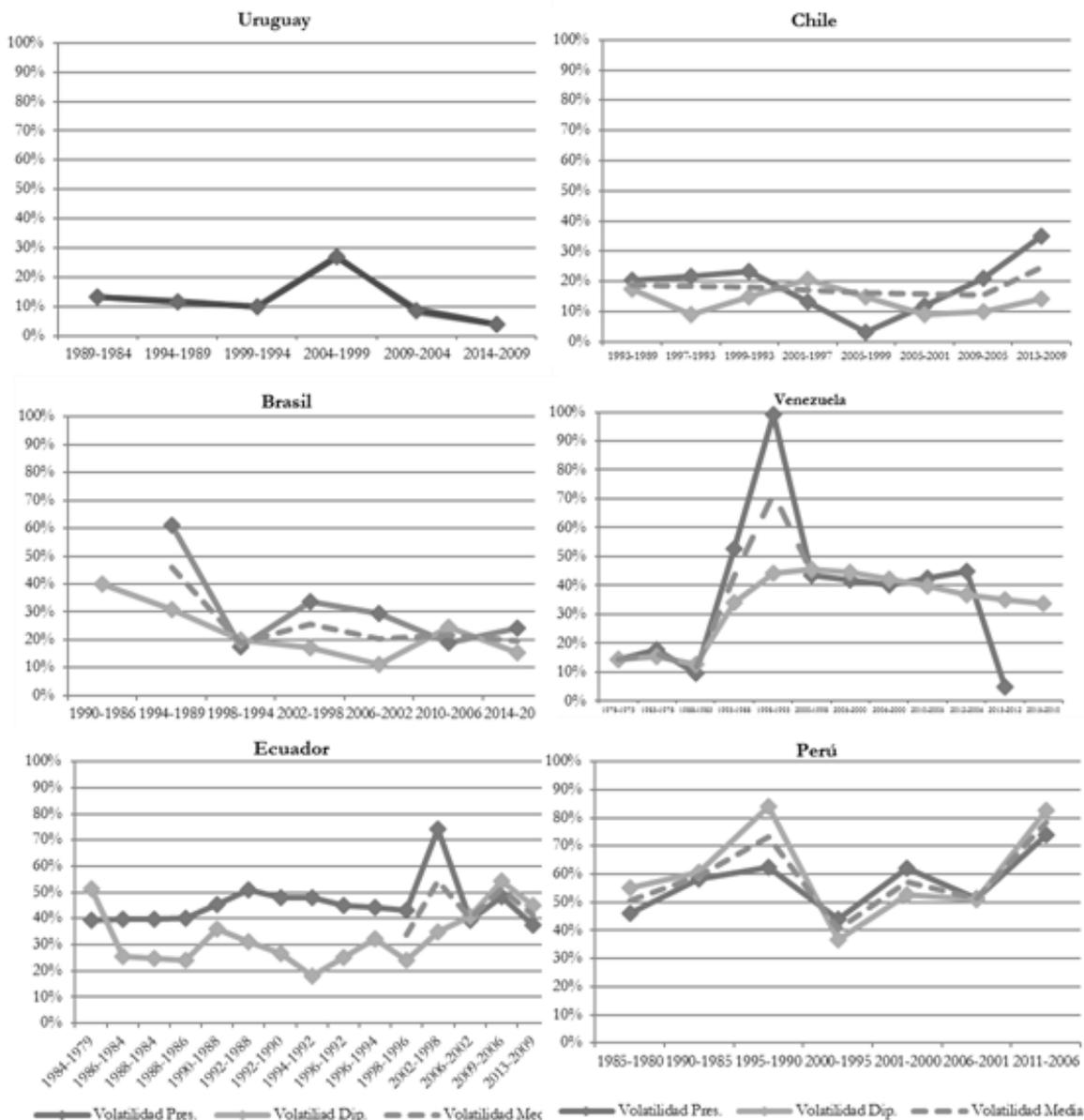


Fuente: elaboración propia en base a Base de Datos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República de Uruguay, Servicio Electoral de Chile, Kornblith y Levine (1995), Conaghan (1995), Cotler (1995), Oficina Nacional de Procesos Electorales de Perú, Inter-Parliamentary Union -IPU- Parline Database y Base de Datos Políticos de las Américas de Georgetown.

Como puede observarse, Uruguay y Chile (aunque en menor medida) aparentan ser los “príncipes europeos” de América Latina. Si bien Chile creció en su media de volatilidad electoral presidencial y se ubica en el margen del límite establecido, los bajos valores los asemejan a los sistemas de partidos más estables de Europa Occidental (Mainwaring y Torcal, 2005). Perú sigue marcando tendencia en lo que respecta a volatilidad electoral: casi el 60% de su electorado cambia de opción elección tras elección, lo cual presume una fuerte debilidad de sus estructuras partidarias. Ecuador, por su parte, se mantiene en niveles similares, aunque con una leve mejoría si se toma en cuenta solamente la Cámara de Diputados. Sin embargo, sigue en niveles altos de volatilidad electoral: 2 de cada 5 electores ecuatorianos deciden cambiar de partido político; 1 de cada 2 si tomamos en cuenta solamente las elecciones presidenciales.

Brasil y Venezuela también dan la nota, pero en sentido inverso. En lo que respecta al primero, podemos apreciar una mayor estabilidad de la competencia partidaria en la actualidad: si observamos los datos de volatilidad de hace 20 años en Brasil (Mainwaring y Scully, 1995) se desplazó desde el grupo de países más volátil hacia el más estable. Hay, sin embargo, una diferencia notable de acuerdo al tipo de cargo por el que se compite: la volatilidad legislativa es 8% menor que la presidencial. En cuanto al caso venezolano, el recorrido realizado es el inverso: Venezuela se encontraba entre los más estables a comienzos de la década del '90 pero comenzó a desestabilizarse con el correr de los años (Payne, 2006) hasta acercarse a valores similares a los de Perú y Ecuador. La diferencia entre la volatilidad presidencial y la legislativa no es tan marcada, razón por la cual podemos pensar que el comportamiento electoral es el mismo sin importar el cargo que se ponga en juego.

Gráfico 2. Volatilidad electoral para Presidente y Cámara de Diputados en Uruguay, Chile, Brasil, Venezuela, Ecuador y Perú (desagregado)



Fuente: elaboración propia en base a Base de Datos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República de Uruguay, Servicio Electoral de Chile, Kornblith y Levine (1995), Conaghan (1995), Cotler (1995), Oficina Nacional de Procesos Electorales de Perú, Inter-Parliamentary Union -IPU- Parline Database y Base de Datos Políticos de las Américas de Georgetown.

Ahora bien, si tomamos en cuenta las evoluciones de cada uno de los seis países por separado, se pueden detectar fuertes saltos en los sistemas de partidos más volátiles y menos marcados en los más estables. En el Gráfico N° 2 podemos apreciar estas variaciones interanuales para cada uno de los seis casos en estudio.

Uruguay ha tenido un pequeño salto de 15 puntos a comienzos del 2000, pero con una clara tendencia a la baja en la elección subsiguiente. Se ha caracterizado por una baja volatilidad electoral (nunca superó el 30%), reforzado aún más por la presencia de tres partidos estables y competitivos: el Partido Colorado (PC), el Partido Nacional (PN) y el Frente Amplio (FA). De hecho, el sistema partidario uruguayo ha evolucionado desde un bipartidismo clásico hacia un sistema de tres partidos competitivos en los últimos 20 años (Buquet y Piñeiro, 2010)¹²¹. Del gráfico N° 2 también se desprenden otras dos observaciones. Primero, que el calendario electoral unificado llevó a que los cambios en la volatilidad sean simultáneos tanto para el cargo presidencial como para los legisladores. Segundo, que más allá del salto mencionado, Uruguay se ha mantenido con una muy baja volatilidad electoral a lo largo de todo el período de análisis; confirmando, de esta forma, la estabilidad de su sistema partidario y destacándose por sobre sus pares latinoamericanos.

En lo que respecta a Chile, existen marcadas diferencias dependiendo del cargo que se ponga en juego. La volatilidad presidencial tiene una tendencia tipo “U”: se redujo de manera drástica (aproximadamente 20 puntos) entre finales de la década del '90 y la siguiente, para

¹²¹ Algunos autores han analizado cómo en Uruguay la aparición y consolidación del FA ha modificado la lógica y dinámica de la competencia partidaria, pasando de un sistema con tres competidores a uno que enfrenta al “bloque desafiante” (FA) contra el “bloque tradicional” (PC y PN). Entre ellos podemos destacar a Buquet (2000), Cason (2002) y los ya mencionados Buquet y Piñeiro (2010), por mencionar algunos.

posteriormente volver a subir hasta superar la barrera de los 30 puntos en las últimas elecciones en el año 2013. Este último cambio coincide con la salida de la Concertación del gobierno luego de 20 años ininterrumpidos en los que ocupó la Presidencia (López Varas y Baeza Freer, 2013) y su posterior retorno a la primera magistratura chilena en el año 2013.

Las últimas elecciones presidenciales celebradas en Chile representan un doble llamado de atención. Primero, por los valores de volatilidad electoral presidencial “poco usuales” en su sistema partidario. Segundo, por la (también inusual) alta cantidad de candidatos presidenciales que se presentaron a competir (8, el máximo desde el retorno a la democracia). En cuanto a la volatilidad legislativa, las variaciones han sido menos marcadas y se situaron en torno al 15%. De esta forma, el sistema partidario chileno muestra ciertos vaivenes en la competencia presidencial, pero es más estable en la competencia legislativa¹²².

El caso brasileño es de los más atractivos para analizar. Como bien se mencionó anteriormente, Brasil se encontraba entre los sistemas partidarios más volátiles de la región: esto fue particularmente notable a comienzos de la década de los '90. A partir de allí, el sistema partidario brasileño comenzó a estabilizarse en la competencia legislativa, pero se mantuvo levemente inestable en la presidencial¹²³. Esta evolución coincide con una dinámica “coalicional” de la competencia partidaria brasilera (Power, 2009). Concretamente, PSDB y PT se han posicionado como los principales contendientes en elecciones presidenciales desde mediados de los '90, mientras construyen coaliciones electorales amplias detrás de sus candidaturas a la primera magistratura brasilera; sus aliados, por su parte, presentaron candidatos propios al Congreso. Este punto no es menor: la reducción más marcada de la volatilidad se percibe en el análisis de los cargos legislativos, en paralelo a un aumento importante y sostenido en la fragmentación de la cámara (Meneguello, 2013).

¹²² Luna y Altman (2011) destacan las dificultades metodológicas derivadas de analizar la volatilidad electoral tomando en cuenta 1) partidos políticos o “pactos” (coaliciones electorales) y 2) distintos niveles de competencia política (nacional y local).

¹²³ Esta paulatina estabilización coincide con los hallazgos de Zucco Jr. (2015).

Venezuela, por su parte, muestra el contrapunto perfecto. Hacia finales de la década del '80 el país caribeño se caracterizaba por tener uno de los sistemas de partidos más estables de toda América Latina (Kornblith y Levine, 1995). En los primeros años de los '90, impulsado especialmente por la competencia por el cargo presidencial, se disparó la volatilidad electoral hasta rozar el 100% para el máximo cargo en juego. Este crecimiento coincidió con el colapso del sistema partidario venezolano (Dietz y Myers, 2002), especialmente con la caída en las proporciones de votos de los dos históricos partidos políticos venezolanos: Acción Democrática (AD) y COPEI. En la segunda mitad de la misma década la volatilidad (tanto legislativa como presidencial) bajó hasta el 40%, valor donde se ubicó hasta las elecciones más recientes. Más allá de esta reducción, los niveles indicados siguen siendo elevados para lo que estaban acostumbrados los partidos políticos venezolanos. Los cambios mencionados coinciden con el surgimiento de Hugo Chávez y el Movimiento V República (MVR)/Partido Socialista Único de Venezuela (PSUV).

Cabe destacar, por último, que la marcada caída de la volatilidad presidencial en la última elección se debe a la estabilidad en los competidores por el máximo cargo en juego: en un polo, el oficialista PSUV y, en el otro, diversos partidos de oposición unidos en la coalición Mesa de Unidad Democrática (MUD) y nucleados en torno a la figura de Enrique Capriles. Si en futuras elecciones ambos actores mantienen sus etiquetas partidarias, entonces podríamos esperar que la volatilidad electoral se mantenga en niveles bajos y más cerca de los valores que caracterizaron a Venezuela hace 30 años.

Ecuador también aporta elementos interesantes de análisis. Primero, las diferencias entre la volatilidad presidencial y la legislativa fueron muy marcadas hasta los primeros años del 2000. Esto podría explicarse tanto por 1) la renovación parcial de la legislatura ecuatoriana durante ese período (concurrencia entre presidente y diputados cada 4 años, renovación legislativa cada 2) como por 2) los reiterados cambios de las etiquetas partidarias y 3) la aparición constante de nuevos partidos

políticos¹²⁴, en muchos casos motorizados por líderes políticos fuertes y centralizadores que buscaban alzarse con la Presidencia ecuatoriana¹²⁵. Segundo, las variaciones año tras año en la volatilidad electoral acompañaron un proceso sostenido de inestabilidad del sistema partidario ecuatoriano (Freidenberg, 2013): tanto la volatilidad presidencial como la legislativa fueron, por lo general, del 30% durante todo el período analizado. Tercero y último, aún no resulta del todo claro en qué medida incidió el efecto producido por las sucesivas victorias presidenciales de Rafael Correa (Alianza País) desde el año 2006. En teoría, deberíamos esperar a futuro que se estabilicen las preferencias ciudadanas, las etiquetas partidarias y, consecuentemente, se reduzcan los niveles de volatilidad. Siempre y cuando se mantengan estables los partidos oficialistas y los opositores. La tendencia a la baja de las últimas elecciones celebradas muestra un atisbo de estabilidad.

Resta, por último, analizar la volatilidad el sistema partidario peruano. De todos los casos analizados, Perú es el único que no presenta valores menores al 40% de volatilidad, tanto para la competencia presidencial como la legislativa. Incluso, si analizamos las elecciones generales de 1995 y de 2011, se percibe que 4 de cada 5 electores peruanos cambiaron de preferencia partidaria. Esta tendencia muestra, en consonancia con lo planteado por Tanaka (2004, 2006) y Batlle (2009) la debilidad de las estructuras partidarias en Perú y el cambio constante de las etiquetas¹²⁶. De

¹²⁴ La base de datos elaborada muestra que en cada elección presidencial surgían nuevos partidos políticos, algunos de los cuales obtuvieron altas proporciones de votos. Fue una característica del período analizado que los partidos políticos que resultaban más competitivos en la carrera presidencial cambiaban de elección en elección. Un ejemplo de ello: como menciona Freidenberg (2013) tan sólo el Partido Social Cristiano (PSC) llegó en cuatro oportunidades a la segunda vuelta presidencial, obteniéndola en una sola oportunidad.

¹²⁵ Por ejemplo, Lucio Gutiérrez, Álvaro Noboa y el mismo Rafael Correa, por mencionar algunos. Cabe mencionar, por otro lado, que esa inestabilidad en los niveles de volatilidad electoral fueron acompañados por cierta inestabilidad política e institucional, especialmente durante la década de los '90 y principios del 2000 (Pérez-Liñán, 2009).

¹²⁶ No existe consenso en torno a la estabilización del sistema partidario peruano. Mientras que algunos autores consideran que la democracia en Perú no tiene los incentivos institucionales suficientes para que funcione con partidos políticos sólidos

hecho, en las elecciones analizadas resulta común encontrar fuertes figuras políticas en torno a las cuales se estructuraron los partidos que, luego de competir en algunas oportunidades, obtienen bajas proporciones de votos para desaparecer finalmente (surgimiento-consolidación-declive). Tales fueron los casos de Mario Vargas Llosa (FREDEMO), Alberto Fujimori (Cambio 90/Perú 2000) y Javier Pérez Cuellar (Unión por el Perú¹²⁷). En lo que respecta a los partidos “tradicionales”, tanto el Partido Aprista Peruano (PAP)¹²⁸ como Acción Popular (AP) y el Partido Popular Cristiano (PPC) han tenido muy disímiles desempeños electorales dependiendo de la coyuntura política y de las estrategias electorales elegidas, alternando resultados exitosos con moderadamente aceptables y otros extremadamente pobres¹²⁹.

Recapitulando, podemos apreciar que la volatilidad electoral ha variado (parcialmente) en los últimos 30 años. Mientras que Uruguay se ha mantenido estable a la baja y Chile ha crecido en las últimas elecciones, Brasil ha evolucionado desde una marcada volatilidad hacia una mayor estabilidad. Venezuela ha recorrido el camino inverso con fuertes cambios en las preferencias partidarias de los ciudadanos. Por su parte, Ecuador y Perú registran los saltos más grandes y se mantienen hoy en día como sistemas partidarios volátiles e inestables.

y estables (Levistky y Cameron, 2003), otros consideran que las últimas elecciones muestran indicios de estabilización sistémica (Meléndez, 2012).

¹²⁷ El caso de Unión por el Perú es particularmente interesante. Luego de ser creado por el ex Secretario General de las Naciones Unidas, compitió en las elecciones 2000, 2001 y 2006. En esta última oportunidad, llevó como candidato presidencial a Ollanta Humala, quien en las últimas elecciones generales celebradas (año 2011) decidió fundar su propio partido: el Partido Nacionalista Peruano.

¹²⁸ También conocido como Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).

¹²⁹ Como bien indica Vergara (2007) los malos resultados electorales recientes de los partidos nacionales/tradicionales en Perú pueden deberse a una serie de reformas institucionales implementadas en la última década, lo que ha llevado a que en el nivel local/regional estos actores encuentren escaso apoyo ciudadano, volcando los electores sus preferencias en partidos regionales que compiten en unos pocos distritos. El autor agradece a Margarita Battle por llamarle la atención sobre este punto.

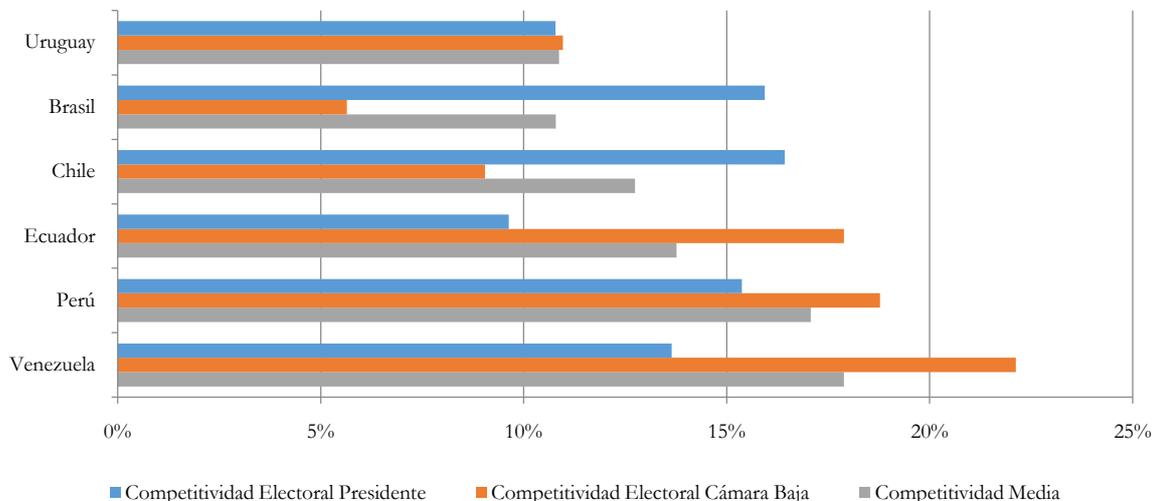
VI. La competitividad electoral como una nueva dimensión de análisis

Ahora bien, tal como mencionamos anteriormente, incluir el análisis de la competitividad electoral en los sistemas partidarios latinoamericanos contribuye a comprender con mayor profundidad las dinámicas de competencia partidaria en la región. Si tomamos en cuenta los niveles de competitividad electoral en Uruguay, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela durante el mismo período analizado surgen algunas generalizaciones que vale la pena destacar.

Cuadro 3. Competitividad electoral para Presidente y Cámara de Diputados en Uruguay, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela (1973-2015)

Países	Competitividad Electoral Presidente	Competitividad Electoral Cámara de Diputados (Bancas)	Competitividad Media
Uruguay	10,87%	10,97%	10,87%
Brasil	15,93%	5,65%	10,79%
Chile	16,43%	9,05%	12,74%
Ecuador	9,63%	17,89%	13,76%
Perú	15,37%	18,77%	17,07%
Venezuela	13,65%	22,12%	17,88%

Gráfico 3. Competitividad electoral para Presidente y Cámara de Diputados en Uruguay, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela (1973-2015).



Fuente: elaboración propia en base a Base de Datos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República de Uruguay, Servicio Electoral de Chile, Kornblith y Levine (1995), Conaghan (1995), Cotler (1995), Oficina Nacional de Procesos Electorales de Perú, Inter-Parliamentary Union -IPU- Parline Database y Base de Datos Políticos de las Américas de Georgetown.

En primer lugar, los seis casos no presentan niveles de competitividad electoral media muy dispares entre sí: el rango va desde el 9% (mínimo) hasta el 18% (máximo). Esta es una marcada diferencia con la volatilidad electoral media: si tomamos en cuenta solo la competitividad media, es más difícil agrupar los casos en parejas. En segundo lugar, existen algunas diferencias entre los países analizados a la hora de comparar la competitividad presidencial con la legislativa. Uruguay y Perú no muestran amplias diferencias en sus respectivas medias de competitividad electoral presidencial y legislativa, salvo que el primero presenta elecciones más competitivas que el segundo. Por otra parte, Chile y Brasil son más competitivos en el juego por las bancas legislativas, mientras que Ecuador y Venezuela lo son para el cargo presidencial. A su vez, tanto

Brasil como Venezuela presentan otra particularidad: durante el período estudiado existe una diferencia de 10 puntos entre la competencia presidencial y la legislativa. Es la más amplia que registra este estudio.

En segundo lugar, cabe destacar el rol que juegan las coaliciones electorales en la competitividad de un sistema partidario. Tal como menciona Meneguello (2013), Brasil se ha caracterizado en la última década por un aumento importante de su fragmentación partidaria y por el ingreso de una importante cantidad de partidos políticos a la Cámara de Diputados¹³⁰. Los candidatos presidenciales brasileños han apelado, en ese contexto, a la estructuración de amplias coaliciones electorales que se reprodujeran, posteriormente, en el ámbito legislativo y en la distribución de carteras ministeriales en el Ejecutivo (Limongi, 2006).

En esta línea, Chile y Uruguay muestran un patrón de comportamiento similar en los últimos años¹³¹. El primero es más similar al caso brasileño: los partidos políticos consensuan candidatos presidenciales comunes bajo una alianza electoral pero compiten entre sí por los cargos legislativos en la elección general¹³². Uruguay también tiene una lógica de funcionamiento formateado por coaliciones electorales estables, pero resuelve la disputa entre candidatos legislativos 1) al definir las listas de candidatos, previo al ingreso abierto en la carrera por las bancas, y 2) dentro de los mismos partidos políticos. Es decir, la competencia legislativa no es interpartidaria sino intrapartidaria, producto del sistema electoral vigente (Buquet y Piñeiro, 2010).

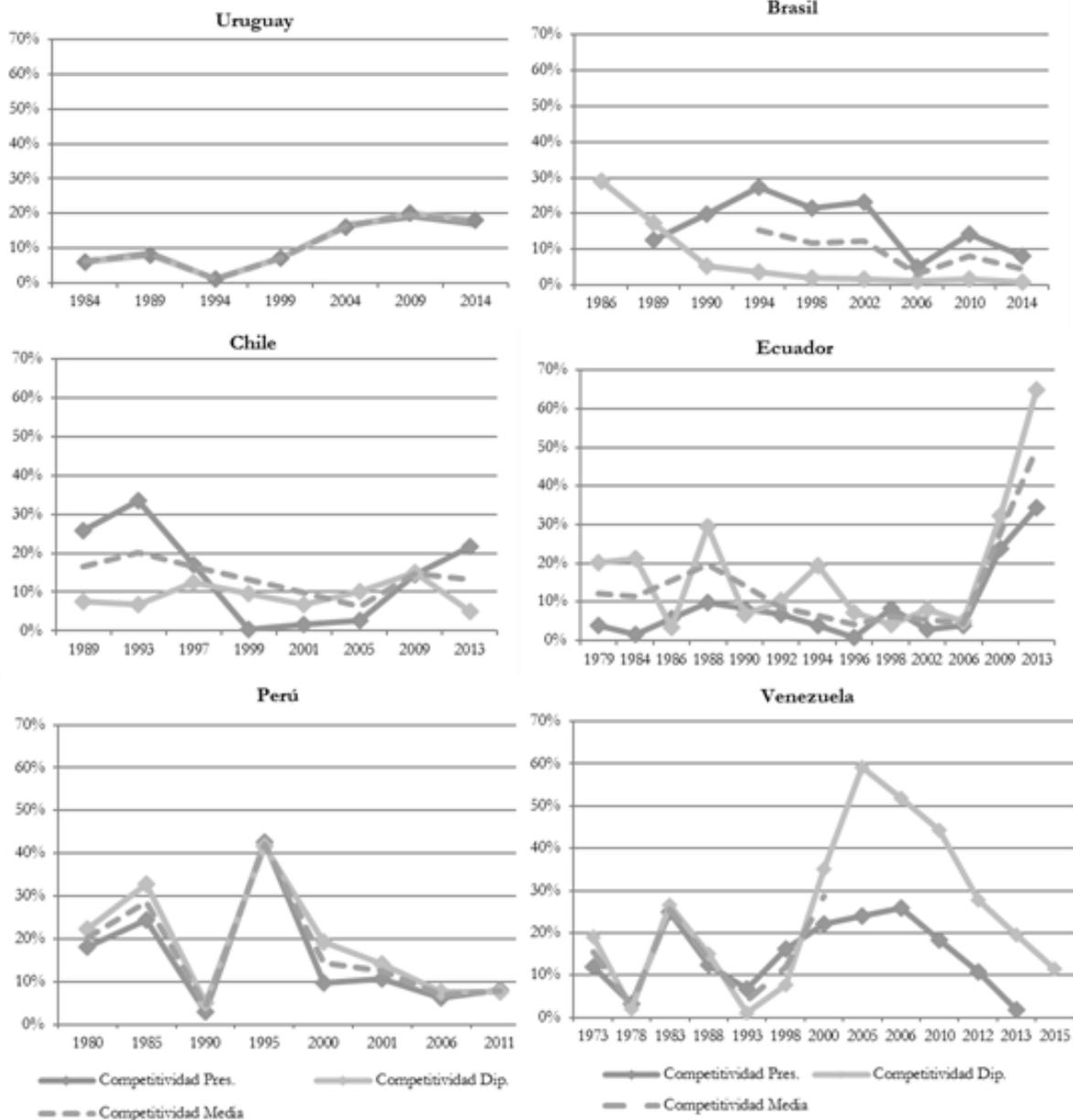
Ahora bien, si hurgamos en los detalles y tomamos en cuenta la evolución de la competitividad electoral en cada país, los hallazgos son más interesantes aún. El Gráfico N° 4 desagrega los valores para cada uno de los países analizados.

¹³⁰ Un ejemplo de ello es la elección del 2010, cuando 22 partidos ingresaron en la Cámara y tan solo 5 de ellos obtuvieron representación superior al 5% de los escaños. Por ejemplo, la bancada del PT fue la más grande con 88 bancas sobre un total de 513 (17,2%).

¹³¹ No es casual que Brasil, Chile y Uruguay elijan su presidente bajo un sistema de mayoría absoluta con doble vuelta en caso de que ningún candidato supere la barrera del 50%.

¹³² Para un análisis profundo y detallado del sistema electoral chileno, ver Nohlen (1994) y Huneeus (2006).

Gráfico 4. Competitividad electoral para Presidente y Cámara de Diputados en Uruguay, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela (desagregado).



Fuente: elaboración propia en base a Base de Datos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República de Uruguay, Servicio Electoral de Chile, Kornblith y Levine (1995), Conaghan (1995), Cotler (1995), Oficina Nacional de Procesos Electorales de Perú, Inter-Parliamentary Union -IPU- Parline Database y Base de Datos Políticos de las Américas de Georgetown.

Tal como se observa el Gráfico N° 4, Uruguay y Chile muestran un quiebre en la segunda mitad de la década de los '90. Los orientales pasaron de un sistema más competitivo hacia uno levemente menos competitivo, rozando el 20% desde la primera victoria presidencial del FA. Llamativamente, este pico de crecimiento se dio conjuntamente con un leve aumento de la volatilidad en las elecciones del 2004. Sus pares trasandinos, en cambio, hicieron el recorrido inverso de manera más pronunciada: para el cargo presidencial pasaron de una diferencia entre partidos de más de 30% de los votos a comienzos de los '90 hasta situarse por debajo del 15% en las últimas elecciones. También en este caso se dio una variación simultánea de la competitividad y la volatilidad electoral.

Brasil, al igual que en el apartado anterior, muestra indicios que llaman la atención. Durante todo el período la competitividad media tuvo una marcada tendencia a la baja, pasando desde el 15% a mediados de los '90 hasta el 5/10% en las últimas elecciones. En términos generales, si tomamos en cuenta esta medida podemos afirmar que el sistema partidario brasileño es altamente competitivo. Sin embargo, si separamos la elección presidencial de la legislativa surgen algunas cuestiones relevantes.

En lo que respecta a la competencia por la primera magistratura, se pueden mencionar tres momentos que alternan alta y baja competitividad para el cargo presidencial, con picos que superan los 25 puntos de diferencia entre el partido político que salió primero y el que salió segundo. En cuanto a la competencia legislativa, a comienzos de los '90 se produjo un importante aumento de la competitividad electoral por las bancas del congreso: la diferencia entre el primer lugar y el segundo en la competencia por las bancas legislativas se mantuvo por debajo del 5% durante casi todo el período analizado. Esto se dio en paralelo a un aumento sostenido del Número Efectivo de Partidos (NEP) y Número

Efectivo de Partidos Legislativos (NEPL)¹³³ (Meneguello, 2013). Este aumento de la competitividad electoral coincide con una estabilización previa de la competencia partidaria: en este caso, una disminución de la volatilidad electoral se produjo simultáneamente a un aumento de la competitividad electoral.

Ecuador, por su parte, muestra cambios más drásticos y marcados en el período analizado. Podemos destacar tres momentos en la competencia partidaria ecuatoriana: 1) los años '80 se caracterizaron por un sistema de partidos que alternó entre alta y baja competitividad; 2) en los años '90 aumentó la competencia política por cargos los ejecutivos y legislativos al reducirse la brecha entre los que obtuvieron los primeros lugares y los que salieron segundos (asociado a la marcada inestabilidad política del período¹³⁴); y 3) a partir del año 2000 se produce un estrepitoso salto al vacío de la “baja competitividad”. Respecto de este último punto, debemos destacar dos cuestiones más. En primer lugar, que coincide parcialmente con el surgimiento de Rafael Correa como figura política predominante y la consolidación de la coalición Alianza País (Freidenberg, 2013), registrándose previamente un aumento de la volatilidad electoral presidencial (ver Gráfico N° 2). En segundo lugar, que la disparidad entre la competitividad presidencial y la legislativa se amplió notablemente a una brecha de 30 puntos. Es decir que, más allá de que los valores medios sigan siendo altos y que haya disminuido la competitividad electoral en Ecuador, el juego por el cargo presidencial es “menos parejo” que el juego por las bancas legislativas. Esto puede deberse, como bien se mencionó anteriormente, al ascenso y consolidación de Correa al frente Poder Ejecutivo ecuatoriano.

¹³³ El NEP se calcula a partir de la proporción de votos que obtiene cada partido político, mientras que el NEPL toma en cuenta la cantidad de bancas obtenidas. De esta forma, el NEP arroja una medida acertada de cuántos competidores hay por los cargos en juego y el NEPL especifica en detalle aquellos que acceden esos cargos. Si bien en Brasil ha habido diferencias entre ambas medidas, en los últimos años el NEP y el NEPL han mostrado valores relativamente cercanos entre sí, demostrando la permisividad de su sistema electoral para el ingreso al Congreso Nacional de partidos políticos “nuevos” o “chicos” (Cheibub, 2006; Meneguello, 2013).

¹³⁴ Un interesante abordaje de este período de inestabilidad política puede encontrarse en Mejía (1996).

El caso peruano se asemeja a Ecuador en los drásticos cambios en la competitividad electoral. También podemos hacer un ejercicio para ordenar el período en tres momentos, similares a los planteados por Batlle y Cyr (2014). En la década de los '80 la competencia por cargos ejecutivos y legislativos fue relativamente baja con márgenes de victoria entre el 20 y el 30% para ambos juegos. La elección general de 1990 marcó un quiebre importante a partir de la polarización entre Alberto Fujimori (Cambio 90/Perú 2000) y Mario Vargas Llosa (FREDEMO) por la carrera presidencial. La victoria del primero marcó un cambio en la tendencia, lo que llevó a que los años '90 se caractericen por una bajísima competitividad electoral para ambos cargos. En este sentido, la elección de 1995 es la tercera menos competitiva de todos los casos analizados, luego de la ecuatoriana de 2013 (legislativa y presidencial) y la venezolana de 2005 (legislativa). Asimismo, este período coincide con el de mayor volatilidad electoral registrada en Perú (Gráfico N° 2), con el colapso de los partidos políticos "tradicionales" (Dietz y Myers, 2002; Levitsky y Cameron, 2003) y la aparición de nuevos actores (Batlle, 2009; Batlle y Cyr, 2014). Por último, podemos identificar un tercer momento del sistema partidario peruano a partir de la caída de Alberto Fujimori y la crisis político-institucional que le siguió. En este período, Perú comenzó a transitar un pasaje hacia una mayor competencia entre sus actores partidarios, que se confirmó en la última elección general realizada en el año 2011 (8% de competitividad presidencial y legislativa).

El último caso que nos resta analizar es el de Venezuela. Salvo por los amplios márgenes de victoria en las elecciones legislativas de 2005¹³⁵ y de 2010, la mayor parte del período analizado muestra una tendencia relativamente estable rondando el 15% en la competencia por ambos

¹³⁵ Las elecciones legislativas del año 2005 en Venezuela fueron polémicas y cuestionadas por la decisión de parte de varios partidos políticos opositores a Hugo Chávez de no participar de los comicios alegando la falta de transparencia en los organismos responsables de ordenar y administrar el proceso electoral. Como parte de esos cuestionamientos se decidió "boicotear" las elecciones. Fuente:

http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_4483000/4483766.stm
(consultado el 17/05/2013) y

http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_4483000/4483088.stm
(consultado el 17/05/2013).

cargos. Antes de la década de los '90 hay un salto importante en la competitividad electoral entre las elecciones de 1978 y las de 1983 (de 2 al 28%). El surgimiento, aparición y consolidación de Hugo Chávez como figura política predominante marcó el inicio de un proceso de reducción en la competitividad electoral. Este fenómeno político se asemeja a los ya analizados en Perú (Fujimori) y Ecuador (Correa), lo que nos lleva a preguntarnos en qué medida los liderazgos fuertes y personalistas pueden tener efectos negativos sobre la competencia política, al ampliar la brecha entre “oficialismos” y “oposición”.

Otro hito que debemos destacar radica en la elección de 1993. Mientras que, como bien analizamos en el apartado anterior, la misma marca el inicio del aumento de la volatilidad electoral en el país caribeño (Gráfico N° 2), los cambios en la competitividad comienzan a percibirse recién una elección después. Concretamente, a partir de las elecciones presidenciales celebradas en 1998, las cuales representan la primera victoria del “chavismo” en Venezuela. Un proceso similar se vivió en Perú y Ecuador. De esta forma, podríamos considerar que, en estos tres casos específicos, como paso previo a una menor competitividad electoral se produjo un aumento de la volatilidad electoral y una mayor inestabilidad del sistema partidario.

Recapitulando lo planteado en este apartado, si tomamos en cuenta la media general del período analizado, el panorama general indica que Uruguay, Brasil y Chile son los países con mayor competitividad electoral; Ecuador, Perú y Venezuela están más relegados. Hay diferencias más marcadas entre estos grupos si tomamos por separado los valores de competitividad presidencial y de competitividad legislativa.

En lo que respecta al análisis de las evoluciones interanuales de cada uno de los casos, las disparidades aumentan notablemente. Por un lado, Brasil, Chile (con leves variaciones) y Perú (con variaciones más marcadas) han virado desde una menor hacia una mayor competitividad electoral, situándose en la actualidad como sistemas partidarios fuertemente competitivos. El caso peruano es relevante, dadas las continuas reducciones de los márgenes de victoria para los partidos políticos que obtuvieron los principales cargos en juego en las últimas dos elecciones. No podemos dejar de incluir a Uruguay dentro de este grupo, si bien recorrió un proceso en sentido (levemente) opuesto. Por otro lado,

Venezuela y Ecuador mostraron los cambios más drásticos y marcados en la competencia política, con picos y caídas en los valores dependiendo, básicamente, de la coyuntura política del momento y de los liderazgos partidarios de turno. Ecuador es, actualmente, el sistema partidario con menor competitividad de los seis casos, solo salvado por las últimas elecciones presidenciales y legislativas celebradas en Venezuela. Hoy en día no existe certeza ni exactitud sobre lo que pueda ocurrir en los próximos años.

VII. Construyendo una nueva tipología de sistemas partidarios en América Latina

Tal como indicamos al comienzo de este artículo, de la combinación de volatilidad y competitividad electoral podemos ordenar los 6 sistemas partidarios analizados en 4 tipos posibles: volátiles competitivos, volátiles poco competitivos, estables competitivos y estables poco competitivos. Para la volatilidad electoral, fijamos el corte en 20%: valores por encima indican sistemas volátiles, mientras que valores por debajo indican estabilidad sistémica. En cuanto a la competitividad, el límite es 15%: por encima son sistemas partidarios poco competitivos, por debajo son sistemas competitivos.

En el Gráfico N° 5 se ordenan los sistemas partidarios de Brasil (distinguido entre las elecciones previas a 1994 y las posteriores), Chile, Ecuador, Perú, Venezuela (pre y post 1993/1998) y Uruguay para las elecciones presidenciales. El Gráfico N°6 indica lo mismo, pero para las elecciones a la Cámara de Diputados. El eje vertical mide la volatilidad electoral, mientras que el horizontal la competitividad electoral. El cuadrante superior izquierdo son sistemas volátiles competitivos; hacia la derecha volátiles poco competitivos; en el margen izquierdo inferior estables competitivos; y a la derecha estables poco competitivos.

Gráfico 5. Tipología de sistemas partidarios en base a volatilidad y competitividad electoral. Elecciones presidenciales (1973-2015)

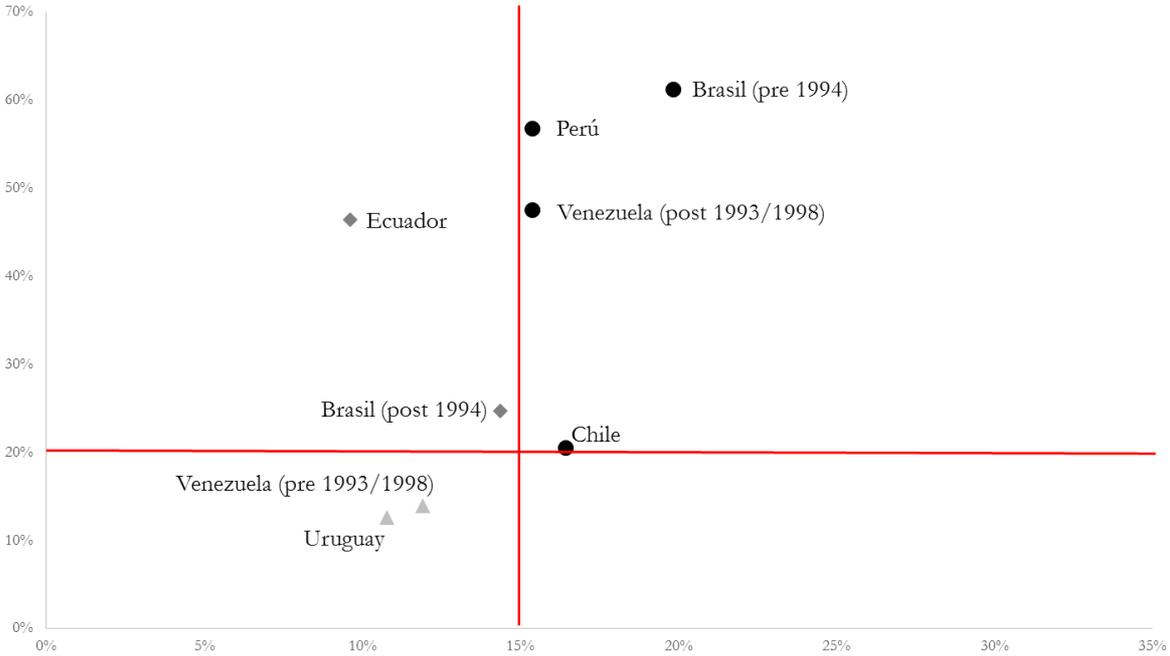
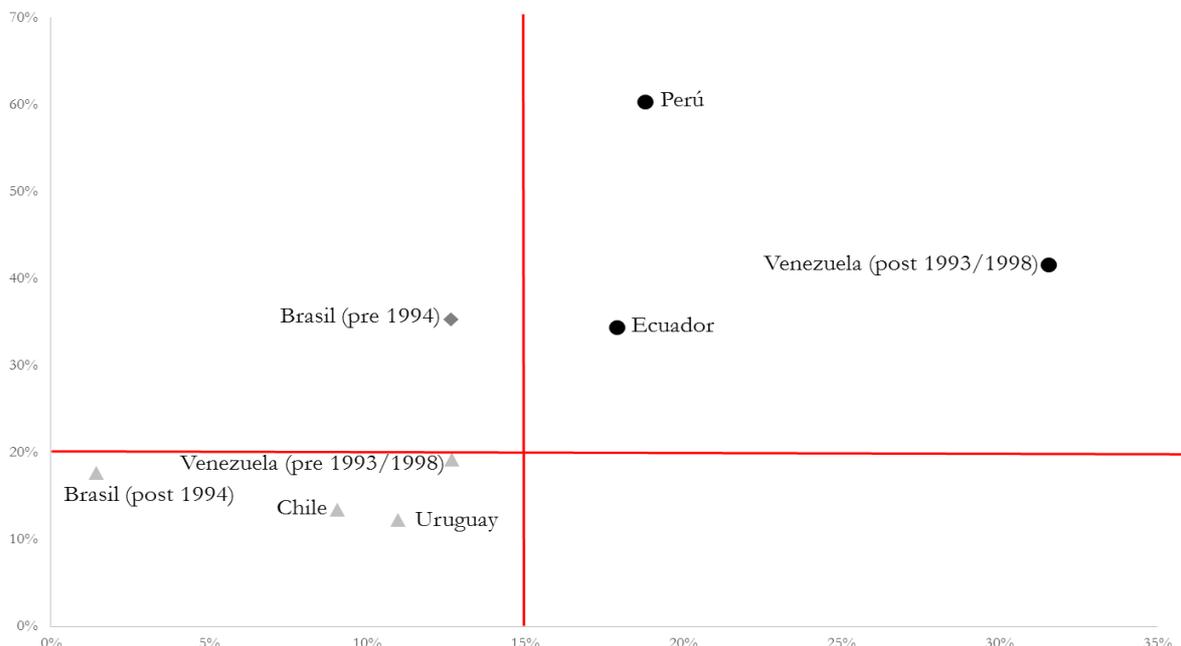


Gráfico 6. Tipología de sistemas partidarios en base a volatilidad y competitividad electoral. Elecciones para Cámara de Diputados (1973-2015)



Fuente: elaboración propia.

En primer lugar, no existen (entre los casos analizados) sistemas partidarios estables y poco competitivos. Esto nos permite considerar que es difícil mantener amplias brechas en votos y bancas durante varias elecciones consecutivas y, al mismo tiempo, que los partidos políticos competidores mantengan proporciones similares de votos durante un período delimitado. Esta conclusión tiene cierta relevancia teórica. Si los partidos de gobierno (oficialismos) ganan constantemente con una marcada diferencia de votos respecto de sus competidores (oposición), inevitablemente se debería producir una transferencia de votos hacia otros partidos políticos, aumentando la volatilidad electoral y reduciendo la estabilidad sistémica. Esto último puede deberse ya sea a 1) la constante aparición de nuevos actores partidarios “desafiantes” o a 2) la pérdida de

confianza de parte del electorado en los partidos “de oposición” y el traspaso de votos hacia otros partidos. Cualquiera sea la justificación, hay un impacto directo en la volatilidad electoral del sistema partidario.

En segundo lugar, existen un solo sistema de partidos estable y competitivo que se ha mantenido sin grandes saltos durante todo el período analizado tanto para la competencia legislativa como para la presidencial: Uruguay. Salvo sucesos aislados (las elecciones generales celebradas en Uruguay en el año 2009) en el resto del período analizado no se presentaron mayores cambios ni modificaciones en sus patrones de comportamiento electoral. Chile, en cambio, se mantuvo estable y competitivo para las elecciones legislativas, pero no así para las presidenciales, superando apenas el límite de los volátiles y poco competitivos. Tal como indicamos anteriormente, este movimiento de cuadrante coincide con la derrota electoral de la Concertación y su posterior regreso al gobierno como Nueva Mayoría. Cambios similares en la dinámica competitiva del sistema partidario chileno fueron detectados por Luna y Altman (2011), especialmente en lo referido a la volatilidad electoral.

Brasil y Venezuela también mostraron alteraciones en sus patrones de competencia política. Para el caso brasileño tenemos que discriminar entre elecciones. Para las presidenciales, a comienzos de los '90 Brasil se ubicó en el cuadrante de los sistemas partidarios volátiles y poco competitivos. A mitad de esa década, si bien se acercó al cuadrante inferior izquierdo y la competencia presidencial pasó a ser más competitiva, se mantuvo cierta inestabilidad en las preferencias electorales de la ciudadanía. En cuando a las legislativas, las primeras elecciones celebradas lo posicionaron dentro del grupo de sistemas partidarios volátiles y competitivos. Con posterioridad a 1993, Brasil entró directamente en el conjunto de sistemas estables y competitivos¹³⁶. Esto coincide con los cambios simultáneos en las tendencias de la volatilidad (reducción) y la competitividad electoral (aumento) analizados anteriormente.

¹³⁶ Adicionalmente, estos cambios incentivaron a los distintos partidos políticos a formar coaliciones electorales y legislativas sobredimensionadas (Pereira y Mueller, 2002; Limongi, 2006; Power, 2009; Meneguello, 2013), en pos de garantizar la gobernabilidad y la aprobación de la agenda legislativa.

Venezuela, en cambio, recorrió el cambio inverso. El sistema partidario venezolano se caracterizaba hasta mediados de los '90 por una muy marcada estabilidad de sus actores, una volatilidad cercana a los valores "europeos" (Mainwaring y Torcal, 2005) y una alta competitividad presidencial y legislativa (sistema estable y competitivo). Las elecciones celebradas en 1993 y 1998 marcaron un quiebre importante en su sistema partidario, aumentando notablemente la volatilidad electoral y, posteriormente, reduciéndose la competitividad entre los principales (y nuevos) actores partidarios (sistema volátil y poco competitivo). Estos cambios drásticos en el sistema partidario venezolano se asociaron a la aparición y consolidación de Hugo Chávez y el Movimiento V República/PSUV.

Por último, los dos sistemas partidarios más volátiles muestran tendencias contrarias. Perú se mantuvo durante todo el período dentro del cuadrante de sistemas partidarios volátiles y poco competitivos, independientemente de las tendencias registradas en las últimas elecciones. Esto se puede apreciar tanto para la competencia presidencial como para la legislativa. En lo que respecta a Ecuador, los valores para elecciones presidenciales lo ubican (junto con Brasil) en el grupo de países con sistemas volátiles pero competitivos. En cambio, si tomamos en cuenta las legislativas, comparte el cuadrante de inestables y poco competitivos junto con Venezuela (post 1993/1998) y Perú.

VIII. Conclusiones y agenda de investigación

El presente trabajo fue un primer intento contribuir a la agenda de investigación sobre dinámicas de competencia partidaria en América Latina, abrir algunos interrogantes y comenzar a explorar la relación entre volatilidad y competitividad electoral en la región. Es por ello que planteamos la importancia de estudiar la evolución de ambos indicadores en seis casos de estudio durante los últimos 30 años: Uruguay, Chile, Brasil, Venezuela, Perú y Ecuador.

Cabe mencionar algunas reflexiones finales en torno al planteo principal del presente trabajo. Tal como intentamos demostrar en este trabajo, el estudio de la competitividad electoral en países

latinoamericanos puede aportar algunos elementos importantes para la agenda de investigación los sistemas partidarios latinoamericanos. Comprender los incentivos que tienen las elites partidarias y los cálculos estratégicos que realizan para competir por determinados cargos en juego es un aspecto no menor a la hora de estudiar la (in)estabilidad de los partidos políticos. Por esa razón consideramos necesario profundizar a futuro sobre las relaciones entre competitividad y volatilidad electoral.

A primera vista, pareciera que sí existe cierta conexión entre ambas variables, al menos en los sistemas partidarios latinoamericanos estudiados en este trabajo. Tomando los casos de Ecuador, Perú y Venezuela podríamos conjeturar que un escenario de aumento notable de la volatilidad electoral (superando el 50%) puede incluir una reducción muy marcada de la competitividad electoral en la siguiente elección, producto de un aumento importante del margen de victoria entre los dos principales partidos políticos en competencia. Esto nos permite inferir lo siguiente a partir del esquema bidimensional planteado anteriormente (Gráfico N° 1): los cambios en el eje vertical (vinculación electorado-partidos políticos) pueden incidir en el eje horizontal (competencia entre partidos políticos).

Sin embargo, al analizar los casos de Brasil, Chile y Uruguay detectamos que la variación de la volatilidad y la competitividad electoral pueden darse en simultáneo. Tomando estos tres sistemas partidarios, a simple vista no pareciera haber un vínculo de causalidad entre ambas sino más bien de correlación entre variables. En otras palabras: si bien podemos pensar que como paso previo a un escenario de reducción de la competencia política debería haber (teóricamente) un aumento importante de la volatilidad electoral, puede ocurrir también que la alteración de la distancia entre ganadores y “segundos” se dé conjuntamente con un cambio en la estabilidad de las preferencias electorales. Este escenario merecerá ser indagado con mayor precisión y detalle a futuro.

También resta profundizar en la incidencia que tiene la formación de coaliciones electorales y de gobierno sobre la competitividad y la volatilidad electoral. Las coaliciones electorales en Brasil, Chile y Uruguay nos dan algunas pautas generales de comportamiento de los partidos políticos que, en cierta medida, no se replican en los demás casos analizados. Si son los partidos políticos los que determinan la estrategia electoral a seguir (esto es, coaligarse con sus socios o no), entonces alguna

respuesta tentativa podríamos encontrar en el grado de institucionalización que tengan esos actores. No es casual que tanto Uruguay como Chile (aunque haya cambiado de cuadrante en la competencia presidencial) y Brasil (con una mayor estabilidad actual en comparación a 20 años atrás) se diferencien de Venezuela (recorrido inverso al caso brasileño), Perú y Ecuador (baja estabilidad).

Por último, deberíamos detectar en qué medida los liderazgos políticos de oficialismos fuertes y con disponibilidad de recursos públicos pueden generar una diferencia importante en la competencia por cargos públicos. Alberto Fujimori en Perú, Hugo Chávez (¿Nicolás Maduro?) en Venezuela y Rafael Correa en Ecuador pueden tener más en común de lo que se piensa corrientemente. Los tres líderes 1) surgieron en contextos de volatilidad electoral, 2) construyeron estructuras políticas personalistas y fuertemente centralizadas en su figura, y 3) delinearon el clivaje en torno al cual se estructuró la competencia política (eje oficialismo-oposición). Respecto de este punto, resultará útil a futuro continuar la línea de Powell y Tucker (2014) y Mainwaring, Gervasoni y España-Najera (2016) para distinguir entre la volatilidad electoral producida por la aparición de nuevos partidos y la desaparición de viejos, y la volatilidad electoral generada por transferencia de votos entre partidos políticos estables que integran un determinado sistema.

Estudiar qué tipos de partidos se han construido, el rol que adquieren los liderazgos políticos y que incidencia tienen ambos elementos en la estabilidad de los sistemas partidarios puede ayudarnos a comprender mejor las dinámicas de competencia política en América Latina. Especialmente si tenemos en cuenta las diferencias regionales que subsisten. Debemos saber más sobre esas diferencias. Y también más sobre otros países no incluidos en esta investigación. Ese es el desafío.

Referencias

- Alcántara Sáez, Manuel. 2003. *Sistemas políticos de América Latina. Vol. I: América del Sur*. Madrid: Tecnos.
- . 2004. *¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos políticos latinoamericanos*. Barcelona: Instituto de Ciències Politiques i Socials.
- . 2008. *Sistemas políticos de América Latina. Vol. II: México, los países de América Central y el Caribe*. Madrid: Tecnos.
- Alcántara Sáez, Manuel y Flavia Freidenberg (eds.). 2001. *Partidos políticos de América Latina*. Tres volúmenes. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Alcántara Sáez, Manuel y María Laura Tagina (coord.). 2013^a. *Elecciones y política en América Latina (2009-2011)*. México: Instituto Federal Electoral -IFE- y Porrúa Editores.
- Alcántara Sáez, Manuel y María Laura Tagina (coord.). 2013b. *Procesos políticos y electorales en América Latina 2010-2013*. Buenos Aires: Eudeba.
- Basedau, Matthias y Alexander Stroh. 2008. “Measuring party institutionalization in developing countries: a new research instrument applied to 28 African political parties”. En *GIGA WorkingPapers* 69.
- Battle, Margarita. 2009. “¿Volvieron los partidos? Del colapso a la (aparente) recomposición del sistema partidario peruano”. Trabajo presentado en el Seminario *Ciudadanos vs. Partidos en América Latina: tensiones, amenazas y dilemas de la democracia representativa*. Organizado por el Proyecto OIR, Instituto de Iberoamérica, 27 de febrero.
- Battle, Margarita y Jennifer Cyr. 2014. “El sistema de partidos multinivel: el cambio hacia la incongruencia y el predominio de nuevos partidos en Perú (1980-2011)”. En *Territorio y Poder: Nuevos Actores y Competencia Política en los Sistemas de Partidos Multinivel en América Latina*, editado por Flavia Freidenberg y Julieta Suárez Cao. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Bielasiak, Jack. 2000. “The Institutionalization of Electoral and Party Systems in Post-communist States”. En *Comparative Politics* 34 (2): 189–210.

- Buquet, Daniel. 2000. “La elección uruguaya después de la reforma electoral de 1997: los cambios que aseguraron la continuidad”. En *Perfiles Latinoamericanos* 16: 127-147.
- Buquet, Daniel y Rafael Piñeiro. 2010. “De las internas a las municipales: los impactos de las reglas electorales en Uruguay”. En *Del cambio a la continuidad. Ciclo electoral 2009-2010 en Uruguay*, editado por Daniel Buquet y Niki Johnson. Montevideo: Fin de Siglo Editorial, Instituto de Ciencia Política y CLACSO Coediciones.
- Campello, Daniela. “Does the Institutionalization of Party Systems Matter? Speculative Attacks and Political Responsiveness in Latin America”. En *Institucionalización de los Sistemas de Partidos en Latinoamérica*, editado por Fundación CIDOB, CIS Press, Madrid, en prensa.
- Carreras, Miguel. 2012. “Party Systems in Latin America after the Third Wave: A Critical Re-assessment”. En *Journal of Politics in Latin America* 4 (1): 135-153.
- Cason, Jeffrey. 2002. “Electoral Reform, Institutional Change, and Party Adaptation in Uruguay”. En *Latin American Politics and Society* 44 (3): 89-109.
- Centellas, Miguel. 2008. “Bolivia’s Party System after October 2003: Where did all the Politicians go?”. Paper presentado en la Annual Meeting de la American Political Science Association, Boston, 28–31 de agosto.
- Chasquetti, Daniel. 2008. *Democracia, presidencialismo y partidos políticos en América Latina: Evaluando la “difícil combinación”*. Montevideo: Ediciones CAUCE, Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de la República, Uruguay) y Comisión Sectorial de Investigación Científica.
- Cheibub, José Antonio. 2006. “Brasil: Representación proporcional centrada en los candidatos de un sistema presidencial”. En AA. VV., *Diseño de sistemas electorales: El nuevo manual de IDEA Internacional*. México DF: Instituto Federal Electoral.
- Coller, Xavier. 2000. “Los estudios de caso”. En *Colección Cuadernos Metodológicos* No. 30. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

- Conaghan, Catherine M. 1995. "Politicians Against Parties: Discord and Disconnection in Ecuador's Party System". En *Building democratic institutions. Party systems in Latin America* editado por Scott Mainwaring y Timothy Scully. Stanford: Stanford University Press.
- Coppedge, Michael. 1997. "A Classification of Latin American Political Parties". *Working Paper #244*, Hellen Kellog Institute for International Studies.
- Cotler, Julio. 1995. "Political Parties and the Problems of Democratic Consolidation in Peru". En *Building democratic institutions. Party systems in Latin America*. editado por Scott Mainwaring y Timothy Scully. Stanford: Stanford University Press.
- Cox, Gary W. 2004. *La coordinación estratégica de los sistemas electorales del mundo. Hacer que los votos cuenten*. Barcelona: Gedisa.
- Diamond, Larry, Juan Linz y Seymour Martin Lipset. 1995. "Introduction: What Makes for Democracy?" En *Politics in Developing Countries*, segunda edición, editado por Larry Diamond, Juan Linz y Seymour Martin Lipset Boulder: Lynne Rienner.
- Dietz, Henry y David Myers. 2002. "El proceso del colapso de sistemas de partidos: una comparación entre Perú y Venezuela". En *Cuadernos del CENDES* 50: 1-33.
- Duverger, Maurice. 1961 [1951]. *Los partidos políticos*. México DF: Fondo de Cultura Económico.
- Falleti, Tulia G. 2006. "Theory-guided process-tracing in comparative politics: something old, something new". En *Newsletter of the Organized Section in Comparative Politics of the American Political Science Association* 17 (1): 9-14.
- Freidenberg, Flavia. 2013. "Elecciones y cambio de sistema de partidos en Ecuador 2009". En *Elecciones y política en América Latina (2009-2011)*, coordinado por Manuel Alcántara Sáez y María Laura Tagina. México: Instituto Federal Electoral -IFE- y Porrúa Editores.
- Freidenberg, Flavia y Julieta Suárez Cao (eds.). 2014. *Territorio y Poder: Nuevos Actores y Competencia Política en los Sistemas de Partidos Multinivel en América Latina*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

- George, Alexander L. y Andrew Bennett. 2005. *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Gerring, John. 2007. *Case Study Research. Principles and Practices*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 2010. *Case Selection for Case-study Analysis: Qualitative and Quantitative Techniques*. En *The Oxford Handbook of Political Methodology*, editado por Janet M. Box-Steffensmeier, Henry E. Brady y David Collier. Oxford: Oxford University Press.
- Golosov, Grigorii V. 2003. “The vicious circle of party underdevelopment in Russia: the regional connection”. En *International Political Science Review*, 24 (4): 427-444.
- . 2004. *Political Parties in the Regions of Russia: Democracy Unclaimed*. Boulder: Lynne Rienner.
- Gray, Victor. 1976. A Note on Competition and Turnout in the American States. En *Journal of Politics* 38: 153-158.
- Gervasoni, Carlos. 2005. “Poliarquía a nivel subnacional. Aspectos conceptuales y normativos en el contexto de las democracias federales”. En *Colección* 16: 83-122.
- Huneus, Carlos. 2006. “Chile: Un sistema congelado intereses de elites”. En AA. VV., *Diseño de sistemas electorales: El nuevo manual de IDEA Internacional*. México DF: Instituto Federal Electoral.
- Huntington, Samuel. 1968. *Political order in changing societies*. New Haven: Yale University Press.
- Janda, Kenneth, Jing-Joung Kwak y Julieta Suárez Cao. 2010. “Party Systems Effects on Country Governance”. Paper presentado en la Annual Meeting de la American Political Science Association, Washington DC, 2-5 de septiembre.
- Kitschelt, Herbert. 2000. “Linkage between citizens and politicians in democratic parties”. En *Comparative Political Studies*, 33 (67).
- Kitschelt, Herbert, Kirk A. Hawkins, Juan Pablo Luna, Guillermo Rosas y Elizabeth J. Zechmeister. 2010. *Latin American Party Systems*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Koo, Sejin. 2010. “An ever-underinstitutionalized party system? Exploring the south korean case of ideological partisanship”. Paper presentado en

- Annual Meeting de la American Political Science Association, Washington DC, 2-5 de septiembre.
- Kornblith, Miriam y Daniel H. Levine. 1995. "Venezuela: The Life and times of the Party System". En *Building democratic institutions. Party systems in Latin America*, editado por Scott Mainwaring y Timothy Scully. Stanford: Stanford University Press.
- Kwak, Jin-Joung y Kenneth Janda. 2010. "Measuring Party System: Revisiting Competitiveness and Volatility in Parliamentary Systems". En *The Korean Journal of Area Studies* 28 (2): 21-49.
- La Palombara, Joseph y Myron Winer (eds.). 1960. *Political parties and political development*. Princeton: Princeton University Press.
- Laakso, Marku y Rein Taagapera. 1979. "Effective Number of Parties: A Measure with Applications to West Europe". En *Comparative Political Studies* 12 (1): 3-27.
- Levitsky, Steven y Maxwell A. Cameron. 2003. "Democracy without Parties? Political Parties and Regimen Change in Fujimori's Peru". En *Latin American Politics and Society* 45 (3): 1-33.
- Limongi, Fernando. 2006. "A democracia no Brasil. Presidencialismo, coalizao partidária e proceso decisório". En *Novos Estudos* 76: 17-41.
- Lipset, Seymour Martin. 2000. "The indispensability of political parties". En *Journal of Democracy* 11(1): 48-55.
- Lipset, Seymour Martin y Stein Rokkan. 1992. "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales". En *Diez textos básicos de ciencia política*, editado por Albert Batlle. Barcelona: Ariel, pp. 231-273. (Versión original: "Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: an Introduction", en Lipset, Seymour M. y Stein Rokkan (eds.) *Party systems and voter alignments*. New York: Free Press [1967]).
- López Varas, Miguel y Jaime Baeza Freer. 2013. "Las elecciones chilenas de 2009-2010: ¿se derechizó el país?". En *Elecciones y política en América Latina (2009-2011)*, coordinado por Manuel Alcántara Sáez y María Laura Tagina. México: Instituto Federal Electoral -IFE- y Porrúa Editores.
- Luna, Juan Pablo. 2009. "Party system institutionalization: the case of Chile and why we need to un-pack the concept and its measurement". Working paper, Columbia University (draft version).

- . 2014a. “Party System Institutionalization: Do We Need a New Concept?”. En *Studies in Comparative International Development* 49 (4): 403-425.
- . 2014b. *Segmented Representation. Political Party Strategies in Unequal Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Luna, Juan Pablo y David Altman. 2011. “Uprooted but Stable: Chilean Parties and the Concept of Party System Institutionalization”. En *Latin American Politics and Society* 53 (2): 1-28.
- Mainwaring, Scott. 2015. “Repensando las teorías de sistemas de partidos”. En *Política comparada sobre América Latina: Teorías, Métodos y Tópicos*, editado por Rossana Castiglioni y Claudio Fuertes. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Mainwaring, Sctott, Carlos Gervasoni y Annabela España-Najera. 2016. “Extra- and within-system electoral volatility”. En *Party Politics* 1-13. DOI: 10.1177/1354068815625229
- Mainwaring, Scott y Timothy Scully (eds.). 1995. *Building democratic institutions. Party systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press.
- Mainwaring, Scott y Mariano Torcal. 2004. “Class voting: Latin America and Western Europe”. *Working Papers Online Series* 32, Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Facultad de Derecho, Universidad Autónoma de Madrid.
- Mainwaring, Scott y Mariano Torcal. 2005. “La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora”. En *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales* 41: 141-173.
- Mainwaring, Scott, y Edurne Zocco. 2007. “Secuencias políticas y estabilización de la competencia partidista: volatilidad electoral en viejas y nuevas democracias”. En *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales* 46: 147-171.
- Medina, Lucía y Mariano Torcal. 2005. “La institucionalización del sistema de partidos español. El peso de los anclajes de clase, religión e ideología en la competencia PSOE/PP: 1988-2004”. Versión preliminar preparada para el VII Congreso de la AECPA, 21-23 de Septiembre, Madrid.

- Meléndez, Carlos. 2012. “Partidos inesperados. La institucionalización del sistema de partidos en un escenario de post colapso partidario. Perú 2001-2011”. En *Serie Análisis y Debate*, Fundación Friedrich Ebert.
- Meneguello, Raquel. 2013. “Las elecciones brasileñas de 2010: política nacional, fragmentación partidista y coaliciones”. En *Elecciones y política en América Latina (2009-2011)*, coordinado por Manuel Alcántara Sáez y María Laura Tagina. México: Instituto Federal Electoral -IFE- y Porrúa Editores.
- Mejía, Andrés. 1996. *¿Una democracia ingobernable? Arreglos constitucionales, partidos políticos y Elecciones en Ecuador: 1976-1996*. México: ITAM.
- Molina, José Enrique. 2001. “Consecuencias políticas del calendario electoral en América Latina: ventajas y desventajas de elecciones simultáneas o separadas para Presidente y Legislatura”. En *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales* 29: 15-29.
- Mozaffar, Shaheen, James R. Scarritt y Glen Galaich. 2003. “Electoral Institutions, Ethnopolitical Cleavages, and Party Systems in Africa’s Emerging Democracies”. En *American Political Science Review* 97 (3): 379–390
- Nohlen, Dieter. 1994. *Sistemas electorales y partidos políticos*. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económico.
- North, Douglas. 1993. “Institutions and credible commitment”. En *Journal of Institutional and Theretical Economics* 149: 11-23.
- Payne, Mark. 2006. “Sistemas de partidos y gobernabilidad democrática”. En *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*, compilado por Mark Payne et. al. Washington D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo e Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral.
- Pedersen, Mogens N. 1983. “Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems: Explorations in Explanation”. En *Western European Party Systems: Continuity and Change*, editado por Hans Daalder y Peter Mair. Beverly Hills, CA y London: Sage.
- Pereira, Carlos y Bernardo Mueller. 2002. “Comportamento Estratégico em Presidencialismo de Coalizao: As Relacoes entre Executivo e

- Legislativo na Elaboracao do Orcamento Brasileiro”. En *Revista de Ciencias Sociais* 45 (2): 265-301.
- Pérez-Liñán, Aníbal. 2009. *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Powell, Eleanor Neff y Joshua A. Tucker. 2014. “Revisiting Electoral Volatility in Post-Communist Countries: New Data, New Results and New Approaches”. En *British Journal of Political Science* 44 (1): 123-147.
- Power, Timothy. 2009. “Optimism, Pessimism, and Coalitional Presidentialism: Debating the Institutional Design of Brazilian Democracy”. En *Bulletin of Latin American Research* 29 (1).
- Randall, Vicky y Lars Svåsand. 2002. “Party institutionalization in new democracies”. En *Party Politics* 8 (1): 5-29.
- Ragin, Charles. 2010. “Turning the Tables: How Case-Oriented Research Challenges Variable Oriented Research”. En *Rethinking Social Inquiry*, editado por Henry E. Brady y David Collier. Lanham: Rowman&Littlefield, 2010.
- Reynoso, Diego. 2011a. *La estrategia dominante. Alianzas electorales en los estados mexicanos 1988-2011*. Buenos Aires: Teseo-FLACSO Argentina.
- . 2011b. Aprendiendo a competir. Alianzas electorales y margen de victoria en los estados mexicanos, 1988-2006. En *Política y Gobierno* 18 (1), 3-38.
- Roberts, Kenneth. 2002. “El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana”. En *El Asedio a la Política. Los Partidos Políticos Latinoamericanos en la Era Neoliberal*, editado por Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- . 2013. “Market Reform, Programmatic (De)alignment, and Party System Stability in Latin America”. En *Comparative Political Studies* 46 (11): 1422-1452.
- Roberts, Kenneth y Erik Wibbels. 1999. “Party Systems and Electoral Volatility in Latin America: A Test of Economic, Institutional, and Structural Explanations”. En *American Political Science Review* 93 (3): 575-590.

- Sartori, Giovanni. 1976. *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza.
- Tanaka, Martín. 2004. "Situación y perspectivas de los partidos políticos en la Región Andina: el caso peruano". En AA. VV., *Partidos políticos en la región andina: entre la crisis y el cambio*. IDEA Internacional.
- . 2006. "From Crisis to Collapse of the Party Systems and Dilemmas of Democratic Representation: Peru and Venezuela". En *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*, editado por Scott Mainwaring, Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro Leongómez. Stanford: Stanford University Press.
- Vergara, Alberto. 2007. "El choque de ideales. Reformas institucionales y partidos políticos en el Perú post-fujimorato". Paper presentado en el *XXVI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association (LASA)*, Montreal, 5-8 de septiembre.
- Zucco Jr., Cesar. 2015. "Estabilidad sin raíces: La institucionalización del sistema de partidos brasileño". En *Sistemas de partidos en América Latina. Causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, coordinado por Mariano Torcal. Santa Fe: Anthropos-Ediciones UNL.